

La Ilustración Artística



Artística

AÑO XIV

BARCELONA 25 DE NOVIEMBRE DE 1895

NÚM. 726



POR UN SORBO DE AGUA, escultura de St. Cauer

SUMARIO

Texto. — *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. — *Semblanza. Excmo. Sr. D. Ramón María Narváez, primer duque de Valencia*, por Carlos de Ochoa y Madrazo. — *Tipos madrileños. La vendedora de pájaros*, por F. Moreno Godino. — *Un susto y una lección (cuento)*, por A. Sánchez Pérez. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Sport*, por E. Font Valencia. — *Abandonada*, novela de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu (continuación). — *Exposición internacional de Atlanta*, por X. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Los relojes magnéticos*, por G. Pellissier.

Grabados. — *Por un sorbo de agua*, escultura de St. Cauet. — *La vendedora de pájaros*, dibujo de N. Méndez Bringa. — *Galantería*, cuadro de José Jiménez Aranda (Exposición de Venecia, 1895). — *Reuerdo de Venecia: El te*, cuadros de Salvador Sánchez Barbudo. — *Regreso de los vendimiadores*, cuadro de Vidal G. Arenal. — *El poeta*, cuadro de Rembrandt, que se conserva en el Museo de Cassel, reproducción directa de Carlos Baude, premiada con medalla de honor en la Exposición anual de Bellas Artes de París. — *Excmo. Sr. D. Sabas Martín*, teniente general destinado al ejército de operaciones de Cuba (de fotografía). — *Durante la velada*, escultura en bronce de Joaquín Anglés. — El eminente arqueólogo Juan Overbeck. — *Exposición internacional de Atlanta (Estados Unidos)*. — *Fachada del Palacio de Bellas Artes. — Edificio de la Administración y puerta principal de ingreso de la Exposición internacional de Atlanta, y vista del lago y de las fuentes.* — *Reloj magnético*, según Dalencé (1687). — *La insurrección en Cuba. Puesto avanzado en las afueras de Remedios*, dibujo del corresponsal del *Illustrated London News*.

CRÓNICA DE ARTE

Aun cuando hace ya un mes que publicó la *Gaceta* el decreto del ministro de Fomento, reorganizando el Museo de *Arte contemporáneo*, creado por virtud de otro decreto del entonces ministro del citado departamento Sr. Groizard, todavía es de actualidad el asunto para que yo le dedique algunos párrafos en esta crónica; pues bien merece todo esfuerzo que se haga en favor del arte, aquí donde eso es caso rarísimo, que sea conocido de los que al cultivo de aquella entidad dedican su vida.

Ordenara el Sr. Groizard en su decreto de creación del Museo dicho: que éste se titulase de *Arte contemporáneo*; que el director del Museo nacional lo fuese también del nuevo; que una comisión compuesta de críticos y artistas escogiera las obras y determinase cuáles y de quiénes habían de ser las que sirvieran de punto de partida para la instalación, y por último, que no figurasen cuadros ni esculturas que no hubiesen obtenido medalla de oro.

En el reciente decreto del Sr. Bosch se dispone: que en lugar de titularse el nuevo Museo de *Arte contemporáneo* se llame de *Arte moderno*; que el director sea una personalidad indiscutible en la crítica y en los conocimientos históricos referentes al arte; que puedan figurar todas aquellas obras que, á juicio del director del nuevo Museo y del Nacional merezcan tal distinción, y que desde luego tenga un personal propio.

Apóyase el Sr. Bosch para titular de *Arte moderno* al nuevo establecimiento, en un razonamiento perfectamente lógico; y el razonamiento es, en síntesis, el siguiente: A juicio de la comisión nombrada por el Sr. Groizard (comisión que ha quedado disuelta), puede ó debe considerarse comenzado el ciclo artístico moderno en los artistas que primero han producido en el siglo actual, tales como Aparicio, D. José Madrazo, Alvarez, Sola, etc.; mas no puede considerarse, ni desde el punto de vista de las corrientes estéticas, ni de la plástica, ni desde otro alguno la obra de aquellos pintores y escultores dentro de los rumbos actuales, pues de ellos están quizá más alejados que otras escuelas muy anteriores.

Y así como á Larra y á Argüelles y á Calomarde y á todos cuantos figuraron en artes, ciencias, política, etc., no puede considerarse contemporáneos de Revilla, de Cánovas, de Castelar, así tampoco los artistas aquellos, fallecidos hace medio siglo, son contemporáneos de los que hoy no cuentan esos años de existencia. Pero sobre esto, que huele á Pero-Grullo á cien leguas, hay otra razón de verdadero valor. Al crear el Estado el Museo en cuestión, es lógico suponer que éste haya de servir para que en él vayan acumulándose las obras de los artistas de las generaciones que sucedan á la actual; siendo así, nuestros nietos al contemplar los cuadros de D. Pedro Madrazo ó del mismo autor del *Testamento de Isabel la Católica* se encontrarán probablemente, respecto del modo de sentir y de ver el arte, á la distancia de esos

artistas, que la americana del casacón de Goya; y realmente, no creo que, aun cuando ochenta ó noventa años para la denominación de *contemporáneo* ó *de moderno* no sea gran cantidad de tiempo en la historia, para la evolución cada día más rápida y múltiple de las ideas, pueda considerarlo nadie como grano de anís. Además de que, considerarme yo contemporáneo de mi bisabuelo me parece algo dudoso, aun cuando me lo afirmen las personas más respetables por su edad, saber y gobierno.

Otra de las reformas introducidas por el Sr. Bosch en la reorganización del *Museo de Arte moderno* es la de dotarle de director propio y que este director sea un crítico y no un artista.

Tengo por cierto que alguno de mis lectores recordará algo de lo que en defensa del criterio sustentado ahora por el Sr. Bosch, al poner al frente de este Museo una personalidad ajena á la técnica del arte de la escultura ó de la pintura, he dicho en estas mismas columnas y en las de otros periódicos; si lo recuerdan verán cómo no iba descaminado al profetizar que al cabo se caería en la cuenta, como ha tiempo cayeron en Francia, Inglaterra y en la misma Italia, de que un pintor ó un escultor no puede regir con verdadera libertad de acción, cual la exigen las diversas manifestaciones del arte en la actualidad, un centro en donde hayan de exhibirse todas y cada una de esas tendencias; aparte lo de que, entregado por entero el artista á la realización de la belleza, con arreglo — claro está — á su temperamento, no puede especular con aquel detenimiento y conocimiento histórico y metafísico en las ideas estéticas que requiere el investigador y refinado espíritu moderno.

Bien sé que á esta manera de pensar oponen los artistas la razón de sus conocimientos técnicos, que son, al fin y al cabo, según ellos, los que determinan de una manera tangible la belleza; mas olvidan, al razonar así, que no es á ellos, á los que producen la belleza ó la traducen según su sentir, á quienes ha de causar emoción, en quienes ha de ejercer la influencia que la obra de arte debe producir, quienes han de dar el *exequátur* á la estatua ó al cuadro, sino el espectador, libre de todo prejuicio de escuela, ajeno á los secretos que el tecnicismo encierra para contrahacer la naturaleza. Y olvidan también que en lo que se refiere á los distintos ideales que inspiran el arte moderno, la intransigencia no cabe, y los artistas son en ese particular los primeros intransigentes.

Y para el oficio de intermediario entre la república del arte y el Estado, prejuicios técnicos é intransigencias en lo que se refiere á los motivos de inspiración, son obstáculos insuperables, causas de graves trastornos en la marcha y desenvolvimiento de las manifestaciones artísticas, concluyendo por llevar á la decadencia, como llevaron á ella á nuestra pintura y escultura las intransigencias y exclusivismos de escuelas religiosas y políticas.

El actual ministro al nombrar á un crítico como D. Pedro Madrazo para la dirección de que vengo hablando, ha llevado á cabo una medida de salud para el arte.

**

Marinas, el autor del celebrado grupo *El descanso del modelo* y del de *El dos de mayo*, premiados ambos con altas recompensas en Exposiciones nacionales y extranjeras, ha sido agraciado por la Academia de San Fernando con la ejecución de la estatua que á Moreno Nieto van á erigirle sus paisanos en Badajoz.

Diez han sido los escultores que han concurrido á este certamen, y casi todos escultores de mérito indiscutible y veteranos en el arte. Marinas, seguramente el más joven, acudió á este concurso, como acude al que se está celebrando para la estatua á don Claudio Moyano, realizando el milagro de trabajar á un tiempo en varios bustos retratos; en uno de los dos grandes bajos relieves que, fundidos en bronce, habrán de emplazarse en la fachada de la iglesia que en Salamanca-edifica, bajo la advocación de San Juan de Sahagún, el último obispo de aquella diócesis, el P. Cámara, y en los citados modelos para las estatuas del ministro moderado y del insigne orador y presidente que fué tanto tiempo del *Ateneo*.

Limite por hoy esta noticia á la descripción rápida de la estatua premiada; en próxima *crónica* haré la del bajo relieve, fundido en bronce, á que me refiero más arriba.

Aparece Moreno Nieto en pie, desabrochada la levita, pensativo y cogiendo en la mano derecha un grueso *folio* que apoya contra la cadera. La figura planta sobre la pierna izquierda, y está modelada con el arte y la maestría que reconocen en Marinas todos

sus colegas y los inteligentes. Como podrán advertir los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por esta somera descripción, la sencillez es la nota característica de la última obra del joven maestro segoviano. Algunos han apuntado que el parecido era escaso y que faltaba algo á la misma totalidad de la figura para reconocer físicamente al insigne sabio; pero á mi juicio, en un boceto no se puede, mejor dicho, no se debe exigir el estudio detenido que en la obra definitiva, puesto que dejaría de ser boceto si en él se apreciase todas las condiciones técnicas y de estudio psicológico que en la estatua á todo el tamaño. Para mí, cuantos en esta como en otras ocasiones análogas hacen tales reparos, desconocen el objeto exclusivo del boceto, que no es otro que el de dar formas con la mayor sinceridad posible al pensamiento, al concepto que el artista tenga del personaje, del objeto, de la escena; en fin, de lo que haya de representar por medio de la pintura ó de la escultura. Seguro estoy de que la estatua de Moreno Nieto ha de ser una de las más bellas producciones de la escultura española de estos últimos años. Aniceto Marinas es de los escultores que más empujan.

**

Bilbao es una ciudad afortunada por muchos conceptos, y si debe á su laboriosidad y á la riqueza de su subsuelo el auge de que goza, debe también á su buen sentido y á su gratitud poseer hoy las dos estatuas más hermosas que ha producido la escultura contemporánea española, representada en su más alta manifestación por el eximio y justamente celebrado escultor Mariano Benlliure.

Hace muy pocos días se ha inaugurado en la muy heroica villa, capital de Vizcaya, la estatua de *Trueba*, obra en la que se determinan de un modo preciso y hermosísimo los nuevos rumbos que el realismo ha trazado á la escultura en estos últimos años del siglo.

Ya los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA conocen esta obra prodigiosa del excepcional talento de Benlliure, y además cuanto de ella se ha dicho; por lo tanto no copiaré ahora los encomios que la prensa bilbaína, con motivo de la solemne inauguración de la *vera effigies* de *Antón el de los Cantares*, dedica á la producción del genial artista. Solamente diré que la admiración causada en la inmensa concurrencia que asistió al acto solemnísimos de descubrirse la estatua fué tan grande, que testigos presenciales (alguno no muy afecto al insigne escultor) me decía que no había presenciado jamás muestras de entusiasmo tan grande, dadas por la masa del pueblo en presencia de una obra de arte plástica. Bien reflejaron esa emoción, la más pura que puede agitar, así al individuo como á las muchedumbres, los discursos pronunciados al pie de la hermosa estatua.

Ciertamente que no puede dejarse de hablar de Benlliure un espacio de tiempo grande, y cuando se hable ha de ser para celebrar alguna muestra de su actividad prodigiosa y de su talento excepcional. Con motivo del beneficio de Marconi, que se ha verificado hace pocos días, Benlliure, aprovechando unos instantes de ocio, mejor dicho, dando de mano por unos instantes á varios trabajos que le tienen encomendados algunos aficionados al arte de esta corte, modeló para el célebre tenor un lindísimo juguete; representa á Marconi vestido de un modo extravagante, caballero en un cerdo. Las dimensiones del citado capricho son pequeñísimas; mas á pesar de eso, es tal la verdad con que está caracterizado Marconi y tan prodigioso el movimiento, el dibujo, la *expresión* del cerdo, que se ha hablado más del capricho del célebre escultor que de los prodigios que Marconi hubo de realizar en los *Hugonotes*, que fué la obra escogida para su beneficio.

Es probable que se celebre muy pronto una exposición de *petits morceaux* de arte escultórico, pictórico y de orfebrería, ejecutados por Benlliure.

**

Para el próximo diciembre se anuncia una exposición de pinturas y esculturas de artistas catalanes. Esta exposición la organiza D. Antonio Viada con objeto de que sean conocidas en Madrid (yo creo que ya lo son y de un modo ventajosísimo) firmas como Galofre, Más y Fontdevila, Serra, Cusachs, Fabrés, Vallmitjana, Miralles, Meifrén, Rusiñol, Casas, los Masriera, Baixeras, etc. Dicho certamen se llevará á efecto en las salas del Palacio del Hipódromo.

Tres son ya las exposiciones que en muy breve plazo se celebrarán en esta corte.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Circunstancias especiales de mi ya larga vida me han hecho conocer y tratar á muchos de nuestros generales.

Pero entre todos, á ninguno he tenido ocasión de tratar tan íntimamente como á D. Ramón María Narváez, primer duque de Valencia.

Donde más traté á Narváez fué en París, durante algunas de sus muchas *emigraciones*, si emigración puede llamarse á vivir fuera de su patria porque á uno le da la purísima gana; y este es precisamente uno de los rasgos característicos de D. Ramón, abandonar la corte, dejar á Madrid á las veinticuatro horas de caer del ministerio.

Era cosa sabida. La reina le admitía la dimisión para nombrar presidente del Consejo á Pacheco, por ejemplo, D. Ramón tomaba las de Villadiego..., digo mal, las de París, metiéndose en la primera silla de posta que podía procurarse. Que años después le reemplazaba D. Juan Bravo Murillo..., á París corriendo. Viene la revolución del 54, la contrarrevolución del 56, se marcha O'Donnell, la reina llama á Narváez. ¿De dónde llega D. Ramón? De París.

Sí, de París. Díganmelo ustedes á mí que hice el viaje con él. ¡Y qué viaje! Recibió el duque de Valencia el telegrama de Palacio á las cinco de la tarde sobre poco más ó menos; era en el mes de octubre, y en aquel dichoso París, á las cinco de la tarde en octubre es casi de noche. Pronto se arregló el equipaje; á toda prisa se comió; á escape llegaron los caballos de la berlina á la estación de Orleans. Tomamos el expreso. A la mañana siguiente en Burdeos, telegrama á Madrid. «Ha llegado felizmente el general. Prosigue viaje.»

Y proseguimos hasta Bayona, donde terminó el viajar en ferrocarril. Tomamos una silla de posta que aguardaba á D. Ramón.

Aquella misma noche llegamos á Burgos. Generales, jefes y oficiales le esperaban. No recuerdo si pasó allí la noche ó si prosiguió para Madrid, pues yo me separé de él en Burgos, donde le aguardaba su secretario particular.

Lo que habló, lo que gesticuló durante el viaje, el sinnúmero de *ajos* y de *cebollas* (pues era *muy mal hablado*, como decimos vulgarmente, el señor duque de Valencia) que echó durante aquellas veintitantas horas, de París á Burgos. Era un verdadero rosario, y todo ello sin motivo. Si hubiese ido enfadado á Madrid, se comprendería, dado el personaje, que su boca fuese un manantial inagotable de palabras *gordas*; pero es el caso que iba contento, muy contento, primero de volver al poder, cosa que siempre le había halagado extraordinariamente, aunque no fuese más que por el gusto de abandonarlo luego, y segundo de ser el sucesor de O'Donnell, satisfacción que era para él tal vez mayor que la primera.

¡Pero qué talento natural tenía aquel hombre extraordinario! ¡Qué imaginación! ¡Qué elocuente y qué persuasiva su palabra! Le faltaba sólida instrucción; pero había leído mucho, tenía una gran memoria, una memoria prodigiosa, recordando al dedillo acontecimientos de cuando sólo tenía tres ó cuatro años, y sabido es que con buena memoria y bastante lectura, algo se aprende. Narváez había aprendido sobre todo la historia, no sólo la de España, que la conocía perfectamente, sino la de Francia, la de Inglaterra, etc. La contemporánea sobre todo la conocía á fondo, y como había viajado bastante por el extranjero, tuvo ocasión de intimar con muchos de los hombres más notables en la política y en las armas durante la época en que estuvo en candelero.

El rey Luis Felipe le apreciaba mucho. Durante una corta temporada en que representó á España en

la corte de las Tullerías, el embajador español llevaba la batuta del cuerpo diplomático, y en verdad que hubiera sido difícil que fuese de otro modo, tratándose de un hombre de un carácter tan entero como el de Narváez, tan dominante, que sabía imponerse, en una palabra. Mas al lado de ese carácter tan fuerte, tenía su persona grandes atractivos. Los que le conocieron de joven dicen que fué guapo; de baja estatura, sí; pero iba tan derecho, tan erguido, tan tieso, siempre con la cabeza levantada, que casi parecía alto. De color moreno y cabellos negros, pronto perdió éstos, por lo cual llevó peluca casi toda su vida, pues sólo en sus últimos años se decidió á lucir su venerable calva. Y aquí viene de molde una observación que hacían muchos, y es que mientras usó peluca fué el hombre de las energías y de las inflexibilidades, y que tan luego como se decidió á suprimirla, empezó á flaquear su carácter. Es indudable que algo hubo de esto; pero no hay naturalmente que atribuirlo al influjo del peluquín, sino á la edad, á los desengaños, á los achaques propios de la vejez.

La juventud de Narváez transcurrió alegre entre las emociones de la guerra y las que proporciona el galanteo. Marte y Cupido fueron los dioses mayores del joven de Loja, del amigo y compañero de D. Luis Fernández de Córdova. El hermano de éste, D. Fernando, refiere en sus interesantes *Memorias* una infinidad de episodios de la vida militar de Narváez, oficial valiente entre los valientes, temerario á veces, perspicaz siempre, afortunado por lo general y simpático cual ningún otro.

Adversario decidido de Espartero, lo mismo que Córdova, ambos tomaron parte en varias conspiraciones. Era tan sólo brigadier cuando la entonces reina gobernadora doña María Cristina fijó en él su atención, considerándole desde luego como uno de los jefes que más darían que hacer á Espartero. No se equivocó la augusta señora, pues poco tiempo después tuvieron lugar los sucesos de Torrejón de Ardoz, la caída de Espartero, el encumbramiento de Narváez, sus últimos empleos obtenidos con pasmosa rapidez, su nombramiento de capitán general de Madrid y por último su entrada en el ministerio como presidente del Consejo y jefe indiscutible del partido moderado.

No tengo para qué hacer la historia de este partido, ni su crítica ni su elogio; cumple á mi propósito tan sólo consignar en esta semblanza que Narváez prestó grandes, grandísimos, inmensos y relevantes servicios á su patria. Restableció el orden moral y material; su conducta en 1848 fué la de un verdadero hombre de Estado, no consintiendo ni un instante que potencia alguna, por poderosa que fuera, como lo era Inglaterra, se mezclase en nuestra política, y la prontitud y sobre todo la energía con que expidió sus pasaportes al representante de aquella nación fué un acto de patriotismo que dejó asombrada á Europa entera. Nuestro príncipe de la milicia pudo exclamar entonces como el príncipe de *La vida es sueño*:

«¡Vive Dios, que pudo ser!»

No sé si hoy podría ser, pues los hombres han cambiado bastante desde los *buenos tiempos* de Narváez, y conste que al hablar de los *buenos tiempos* del que arrojó de España al embajador Bulwer, dejo á un lado toda apreciación política; yo me refiero tan sólo al ente moral, trato de hacer resaltar su carácter, su personalidad, su indiosincrasia.

¡Qué talento natural el suyo! No me cansaré de repetirlo, ¡qué golpe de vista en todos los actos de su vida! ¡qué conocimiento de los hombres! ¡qué energía para mandar! ¡qué arte para hacerse obedecer! Supo rodearse de los hombres de más valía de su tiempo. Martínez de la Rosa, Istúriz, Alcalá Galiano, Mon, Pidal, Arrazola, Pezuela, Seijas, Noce-

dal, Sartorius, Bravo Murillo fueron ministros con él. ¡Y qué bien los conocía; cómo sabía apreciar los méritos de cada cual! A Mon no le quiso nunca; pero comprendía que le era útil y le aceptaba. En cambio tenía un cariño entrañable, un flaco, como puede decirse, por Pidal, á quien consideraba como realmente se lo merecía esa gran figura del partido moderado, quien era, no sólo su compañero de gabinete, sino á veces su consejero único. Reconocía la sinceridad de Arrazola, su seriedad, sus profundos conocimientos jurídicos, y con frecuencia le daba entrada en los gabinetes que presidía, así como tomaba á otros como meros instrumentos para un objeto dado y sabía deshacerse de ellos con un maquiavelismo singular.

Cada vez que iba á Palacio siendo presidente del Consejo, y esto era todos los días, había con seguridad un disgusto entre la soberana y él. Cuando no era una cosa, era otra; siempre había un motivo de pelea, buscado por supuesto por él, que era capaz de pelear hasta con su sombra. Jamás estaba contento. Si había paz y tranquilidad, porque se le figuraba que fraguaban algo contra él; y si se levantaban partidas carlistas en Navarra ó Cataluña ó los progresistas fraguaban alguna *intentiona*, porque habría querido exterminarlos al primer grito de rebelión.

Cada ocho días amenazaba con retirarse del poder. La dimisión la tenía siempre en los labios, y extendida sobre el papel á cada paso. En las Cámaras discutía con vehemencia, haciendo gala de una facilidad de palabra y de una elocuencia envidiables; hoy con Olózaga y Ríos Rosas en el Congreso; al día siguiente con Novaliches ó con Prim en el Senado: para todos tenía frases contundentes, apóstrofes llenos de energía y de arrogancia, que le acarrearón á veces disgustos y lances personales. Cuanta mayor talla tenía el adversario, discutía más á gusto, pues no se creía llamado á pelear con pigmeos, sino con gigantes.

Cuando la cuestión de las *Chinchas*, me hallaba yo una tarde en el Congreso en la tribuna de periodistas; de pronto se oyeron unas voces estrepitosas; vimos que todos los diputados abandonaban los escaños, dirigiéndose á los corredores; solos quedaron en el salón de sesiones el orador que estaba en uso de la palabra, el presidente y los secretarios. Pues señor, qué será, qué no será. Bajé rápidamente á los corredores, próximos al salón de conferencias, y allí me encontré al general Narváez, á la sazón jefe del gabinete, envuelto en una capa con embozos encarnados, todo pálido y descompuesto, que le decía á un sujeto que se hallaba cerca de él y á quien rodeaban varias personas.

— ¡Salga usted! ¡Salga usted!

El sujeto en cuestión era el diputado entonces D. Eusebio Salazar y Mazarredo, quien había tomado una parte activa, como diplomático, en nuestras desavenencias con el Perú, y que habiéndose encontrado con Narváez en uno de los pasillos del Congreso, le hizo no recuerdo qué pregunta sobre el vicealmirante Pareja. Se conoce que Narváez tomó á mal la pregunta, pues comenzó á increpar á su interlocutor en los términos más duros, y no contento con esto quería que saliese á la calle para pelear á trompada limpia, cual dos chicos de la escuela.

Algunos de los ministros y los diputados amigos trataron de apaciguar á Narváez, quien no llevaba trazas de entrar en razón y que seguía exclamando con más coraje y por supuesto con su habitual *zezeo* andaluz:

— ¡Pero *salga* usted!

No fué Allende Salazar el que salió, sino Narváez, á quien Alejandro de Castro, Marfori y otros amigos lo llevaron á remolque para que se le refrescase la sangre en el salón del Prado.

Este era D. Ramón, un puro nervio, un hombre que no podía contenerse; que en el Congreso, en palacio, en la misma catedral habría armado un tiberio por cualquier motivo; y sin embargo, ese hombre de carácter tan impetuoso, de genio tan atrabiliario, era un manso cordero en presencia de unas faldas. El bello sexo tenía para él una influencia pasmosa, extraordinaria, tanto ó más que la música, por la que sentía una verdadera pasión. Estando en París, el primer abonado á la ópera italiana era él. Toda la alta sociedad parisiense de aquella época recuerda que Narváez ocupaba á diario los dos primeros palcos bajos de la sala *Ventadour*, de los cuales había hecho un solo palco, punto de reunión de los españoles de distinción que residían en París durante los inviernos de 1860 y 61. Era cuando nuestros valientes soldados peleaban en África al mando de O'Donnell. Recuerdo la impaciencia de Narváez por adquirir noticias de las victorias de nuestras tropas, y los berrinches que pasaba cuando las cosas no iban á su gusto. Lersundi, que residía entonces en San Sebastián, recibía con frecuencia cartas de Echagüe, su compañero de infancia, que mandaba uno de aquellos cuerpos de ejército, y le transmitía el contenido de esas cartas á Narváez. Este conversaba con sus convidados, dando á sus palabras un fuego y un entusiasmo extraordinarios: se desesperaba al ver cómo pasaban las semanas y los meses sin apoderarse de Tetuán. «¿Pero qué hacen estos generales?» exclamaba indignado. «¿Pero en qué piensa O'Donnell?» decía abandonando su sitio y dando vueltas como un león en su jaula. A pesar de su afición á Rossini y á Verdi, y de su amor platónico por *la Battu* (una de las cantatrices de la sala *Ventadour* que unía á su linda voz una preciosa figura), hubiera preferido cien veces hallarse ante los moros y pelear con O'Donnell y Prim al frente de nuestro ejército.

En una de sus residencias en la capital de Francia, contrajo matrimonio con una joven del país, de aristocrática alcurnia, algo emparentada con Napoleón I, una Tascher de la Pagerie; pero por incompatibilidad de caracteres y tal vez por otras causas, el matrimonio no anduvo muy unido, separándose al poco tiempo amigablemente. Aún reside en las orillas del Sena la respetable señora, muy entrada hoy en años, que ostenta el título de duquesa viuda de Valencia.

Narváez siguió haciendo vida de soltero, y fueron tantas sus *bonnes fortunes*, como dicen nuestros vecinos, que sería larga la relación de sus conquistas y difícil su clasificación, pues como D. Juan Tenorio, recorrió toda la escala social.

Hablaba detestablemente el francés, á pesar de sus largas estancias en París, lo que no era un obstáculo para él ser tan galanteador en Francia como en España. En aquellos Campos Elíseos se le veía todas las tardes de paseo, muy pulcramente vestido, con un sombrero descomunal, su gabán abrochado, sus patillas rizadas y no mal teñidas, su aire *jaque* y un tanto matón, con un enorme puro en la boca, y un bastón con puño de oro, que revelaba bien claramente que aquel hombre estaba habituado á mandar. No pudiendo entonces mandar á los diez y ocho millones de habitantes que tiene España, mandaba á su pariente Marfori, á sus ayudantes y á los criados que vivían con él en un suntuoso piso bajo del *Rond-point* de los Campos Elíseos. Esto me trae á la memoria que una mañana que entré á saludarle, me lo encontré hecho un basilisco. La cosa no era para menos. Su ayuda de cámara le había quemado las patillas con los hierros al rizarlas. ¡Figúrense mis lectores cómo lo pasaría el infeliz criado que había cometido semejante torpeza!

Muchos años después, cuando ya no usaba peluca, le solía ver algunas noches en su habitación de la plaza de la Villa, en Madrid, donde después de comer se pasaba al salón de billar, y allí echaba él varias partidas con sus ayudantes y amigos. «Es un excelente ejercicio para los viejos, nos decía, sobre todo después de comer, porque así no se duerme uno.» Y carambola por aquí y carambola por allá, así pasaba las noches en que no iba al teatro Real, aguardando con impaciencia que le llamasen de palacio para formar ministerio...

CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO

TIPOS MADRILEÑOS

LA VENDEDORA DE PÁJAROS

Hasta hará unos veinte años, Madrid ha sido uno de los pueblos más típicos de Europa. Acudían á la corte todos los necesitados de provincia, y como no había posibilidad, por falta de peculio, de establecer industrias fijas, pululaban los ambulantes y con ellos tipos pintorescos que ya van desapareciendo. Los

chisperos, las manolas, los guardias de corps, los vendedores italianos de «¡Santi boniti é barati, que ni comen, ni beben, ni gastan zapati!» han pasado ya á la leyenda, y cuando ésta se olvide los curiosos tendrán que reconstruirlos por inducción, como Cuvier á los animales antediluvianos. Apenas van quedando tipos, y por esta escasez llaman más poderosamente la atención de los desocupados y observadores madrileños. Andan por Madrid y por Barcelona unas mujeres vendedoras de te y hierbas aromáticas, envueltas en unas sayas verdes sin talle, que han dado pauta para el traje de las niñas elegantes; y que al contrario de las golondrinas, sólo aparecen en los meses de invierno en dichas poblaciones. Pues bien: estas expendedoras ambulantes son casi el único tipo saliente que subsiste en Madrid.

Los vendedores de pájaros, especialmente las vendedoras, eran antes muy numerosas en la villa y corte. Vendían pájaros vivos y muertos; pues naturalmente, los madrileños, como retraídos del campo, son muy aficionados á aquéllos; pero Gurich en la plaza de Santa Ana, y otros cómplices estableciendo espaciosas tiendas ornitológicas, casi han matado esta industria callejera.

En la actualidad sólo conozco en Madrid á tres vendedores ambulantes de pájaros: un hombre y dos mujeres. Hablaré muy someramente de aquél, en primer lugar porque no ofrece nada de particular, y además porque no me gusta ocuparme de hombres. El vendedor no es precisamente ambulante, sino más bien sedentario. Se eclipsa en los meses de invierno, y durante el tiempo soportable suele instalar un jaulón con pájaros vivos en la plaza de Santo Domingo, esquina á la calle de Silva, y allí aguarda compradores, sin pregonar su mercancía, ocupado casi siempre en leer *El Motín* y *Las Dominicales*; porque debe ser un terrible revolucionario y librepensador.

Respecto á las mujeres hay tanto que decir que no sé por dónde empezar. Son tía y sobrina. A la primera la llaman por apodo la *tía Malicana* (ya diré el porqué), la segunda tiene el nombre de Gervasia. La tía tiene *cuatro duros de años*, esto es, ochenta; la sobrina pasa ya de los treinta. Viven juntas en un cuartucho de la calle de Ministriles, ó mejor dicho, duermen juntas bajo el mismo techo, pues desde por la mañana se separan. La *tía Malicana* vende pájaros vivos, la Gervasia muertos. Aquella ejerce su industria en los barrios bajos, y ésta en los altos, donde no hay gente tan *faltoma*. Hará unos veinte años próximamente la anciana vendía unos bollos amarillentos, en forma de estrella contrahecha, á los que el hornero que los confeccionaba bautizó con el nombre de *americanas*; pero la vendedora, por corruptela, los pregonaba diciendo: «¡A ochavito *malicanas!*» (Entonces circulaban todavía muchos ochavos morunos), y de esto proviene el mote de *tía Malicana*, que ya no se quitará de encima, aunque viva otros cuatro duros de años.

Pero la *tía Malicana*, como ya he contado hace tiempo en un artículo, tuvo un disgusto con un ropero influyente, que era el Bismarck de la plaza Mayor, en donde aquella ejercía su comercio, y desde entonces dedicóse al de la ornitología, para el que poseía inconscientemente facultades excepcionales. Tiene dos jaulas con pájaros, que antes llevaba á la mano; pero viéndola vacilar bajo su carga, un carpintero de su vecindad, compadecido de ella, la construyó una especie de carricoche, que consiste sencillamente en una tabla con cuatro ruedas lo suficiente altas para no tropezar en el empedrado, con un palo á guisa de timón para impelerla. La *tía Malicana* coloca allí sus jaulas, una encima de otra, y vaga, aunque lentamente, por la plaza del Lavapiés y sus alrededores.

A pesar de su mucha edad, la vendedora es alegre y bromista. Un americano venido á menos, que se expatriaba, regalóla un loro fenomenal, y digo fenomenal, puesto que siendo viejo es diminuto y nunca acaba de pelarse. La *tía Malicana* le lleva sobre la jaula superior atado con una cadenita. Viéndole tan enteco y á medio pelar, no hay quien le compre ni su dueño trata de venderlo. Es poco hablador; sin embargo, la *tía Malicana* le ha enseñado una gracia: cuando hay corro en derredor de las jaulas, le pregunta:

«Lorito, ¿por qué estás tan esmirriado y se te van cayendo las plumas?» terminando esta frase con un grito particular, que sin duda sirve de aviso al animal, el cual contesta:

«¡Carape!, porque estoy malito.»

En los alrededores de Madrid se cazan millares de pájaros, como lo atestiguan los muchísimos fritos que se venden en las innumerables tabernas; pero lo difícil es cazarlos vivos y sin desperfectos. Para esta faena siempre tiene la *tía Malicana* un par de granujas á su servicio. Uno de ellos es muy activo é inte-

ligente: ha descubierto que las aves tienen colores predilectos, y así, por ejemplo, busca á los pardillos entre el amarillo de las espigas, á los verderones en los racimos flotantes de las avenas, á cogujadas entre el matiz-rosa de los pipirigallos, y sabe que los mirlos buscan con predilección los campos donde hay clavellinas. Pero aunque inteligente el muchacho, no lo es tanto como la *tía Malicana*, puesto que no ha llegado como ésta á clasificar á los pájaros. Un día el granuja le trajo, con muchas precauciones, un ave desconocida.

— ¡Toma, pues si es un ruiseñor! ¿Dónde has encontrado este tesoro?

— En el Retiro.

— ¿Y cómo has podido cazarle?

— De una manera que no comprendo. Le vi posado en la rama de un árbol; trepé por el tronco con mucho cuidado, inútil, porque el pájaro no se movía. Le eché mano y continué inmóvil. Creí que estaba muerto; pero no; como ve usted, mueve los ojos y un poco las alas.

— ¡Qué cosa más rara!, dijo la vendedora. Estará enfermo.

Fernanflor refiere en uno de sus elegantes artículos que un ruiseñor se murió de envidia oyendo cantar á la Patti: quizá el ruiseñor cogido por el pilluelo enfermó de esta pasión; pues uno de aquellos días la *diva*, que se hallaba en Madrid, cantó, paseando por el Retiro con algunos amigos.

El ruiseñor murió la misma noche del día en que fué cazado, con gran desconsuelo de la anciana vendedora, que esperaba venderle en seis ú ocho duros.

Ya he dicho que la *tía Malicana* es de genio alegre, y aun me atreveré á decir que algo alocado. Así es que cuando vende un pájaro, mientras le saca de la jaula, imita el canto ó grito de éste; lo cual prueba sus profundos conocimientos ornitólogos. A pesar de sus ochenta años, gusta de andar, y sólo cuando nieva ó llueve mucho se refugia bajo un techado que hay en la puerta de un corral en la calle de Provisiones. Si el temporal es insistente, se ve forzada á permanecer allí durante muchas horas, que soporta valientemente. Sólo la supera en resistencia una ciega que vende periódicos en la Puerta del Sol; ha escogido ésta para expender *su papel* el sitio más frío de Madrid, cual es la embocadura de la calle de Alcalá, en donde la heroica papelera se pasa todas las noches de ocho á tres de la madrugada, aunque las piedras sientan sabañones y aunque el cielo desgaje capuchinos de bronce.

A propósito he dejado para lo último el hacer mención algo extensa de la otra vendedora de pájaros, ó sea la Gervasia, sobrina de la *tía Malicana*.

¡Gran Dios, y qué real moza es la Gervasia! Pero todo en ella es misterioso en su tipo, en sus costumbres y carácter. Ha nacido en el cogollo de Lavapiés, puesto que está bautizada en la Parroquia de San Lorenzo, y sin embargo, no tiene aspecto de madrileña, si se exceptúa la tersa blancura de la tez. Parece más bien una criolla con el altivo empaque de las hijas del pueblo de Madrid. No viste como éstas, sino al modo de las mujeres provenzales. Lleva pañuelo de seda á la cabeza, arrollado al rodete de una magnífica trenza de pelo castaño. El óvalo de su cara tiene una suavidad indecible, pero sus ojos son duros y de mirada penetrante y recelosa. Alta, de brazos esculturales, con las manos algo grandes, pero bien modeladas, con el talle desarrollado, pero flexible y airoso, que deja ver la redondez de las caderas, la Gervasia presenta un conjunto provocador de esos que están pidiendo guerra. Y sin embargo, ¡he aquí el misterio!, ninguna más distraída y menos expansiva que ella. Lleva un pañuelo de colores enlazado á la garganta, guarniciones en el escote, blanquísimo delantal y zapatos altos á la francesa: en resolución, sólo oyéndola hablar con el acento más puro de los barrios bajos, puede suponerse que sea hija de Madrid.

Vende pájaros muertos, especialmente calandrias, que lleva en la mano izquierda. En la derecha, no siempre, suele llevar una cesta de mimbre fino. En tiempo frío no se abriga con el clásico mantón de ocho puntas, sino con capotillas de un corte especial. Vende sin afán: al hacerlo á hombres, es retraída y sólo habla lo preciso. Con las mujeres se espantanea más, haciéndolas notar las buenas cualidades de su mercancía: parece como que vende por pretexto. Anda por los barrios altos, hacia el final de la calle Ancha de San Bernardo y calles adyacentes, y á veces se sale al ensanche que por allí tiene Madrid, y en todo tiempo, un poco después de anochecido, se dirige sola, casi sin mirar á nadie ni nada, á su cuarto de la calle de Ministriles á dormir en compañía de su tía, la *tía Malicana*. Cuando hace mal tiempo, suele tomar el tranvía del Noviciado, que la conduce hasta la plaza de Antón Martín.



LA VENDEDORA DE PÁJAROS, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Moreno Godino)

Figúrense ustedes si una mujer de tan apetitoso empaque habrá tenido quien la busque el bulto; pero ella despide á los piratas callejeros con una rabotada, ó con algo más, si son atrevidos: es inabordable, y he aquí otro misterio: ¿cómo Gervasia, la buena moza, no tiene ningún arrimo varonil y se ve reducida á ejercer comercio tan poco lucrativo? ¿Ni cómo con éste puede sostener el rumbo que gasta? Porque su traje es siempre limpio y flamante, dando lugar á que las envidiosas, al verla atravesar una calle mojada con la falda algo recogida, digan: «Y esa que vende calandrias usa zapatos de á tres duros y medias de cuatro pesetas: ¡valiente calandria será ella!»

En la actualidad, la Gervasia no sólo tiene envidiosas y enemigos despechados por sus desdenes, sino que inspira hostilidad y recelos: voy á explicar por qué. Ha estado ausente de Madrid durante muchos años, y según su tía, en Extremadura en casa de una parienta de ambas. Todo el mundo se había olvidado de ella; pero hará seis ó siete meses, poco después de comenzar la guerra de Cuba, volvió á presentarse en la coronada villa. Esto da lugar á comentarios y suposiciones: se recuerda que durante la anterior guerra cubana, la Gervasia, que era entonces una niña, solía acompañarse de un mulato empavonado, pero buen mozo en su clase, y se relaciona esto con el rumbo, no justificado, de la adusta vendedora de pájaros.

Hay quien la supone espía y agente de los mambises.

Y malo es que el pueblo de Madrid se dé á hacer suposiciones. Hasta ahora ¡Dios gracias! no ha habido nin-

gún revés grave en la guerra; pero si se torciera el carro, la Gervasia corre riesgo de ser atropellada.

Se dice que el carpintero que regaló á la *tía Mulicana* el carricoche para llevar las jaulas, sabe interioridades de la tía y sobrina; pero cuando quieren son-sacarle, elude la respuesta, limitándose á decir:

«¡Bah! ¡Esas son dos pobres mujeres, que tienen la cabeza á pájaros!»

F. MORENO GODINO

UN SUSTO Y UNA LECCIÓN

(CUENTO)

Nadie pudo explicarse el cambio repentino y radical realizado en el carácter y en las costumbres de Federico.

Sus amigos íntimos le acompañamos una tarde hasta la estación de Madrid, después de haber almorzado alegremente, para despedirnos de él, que se proponía residir en la corte algunos años. Transcurridos muy pocos días, le vimos reaparecer en Barcelona; pero ¡cuán distinto de como antes era!

Aquel Federico no parecía el mismo; nosotros habíamos enviado á Madrid un Federico alegre, decididor, aficionado al juego, más aficionado al vino y mucho más aficionado á las mujeres; y los madrileños nos devolvieron un Federico taciturno, austero, reservado, que no tocaba un naipe, que sólo bebía agua y que huía de las mujeres como huye de la cruz el demonio, según dicen los que deben de saberlo, pues yo, por mi parte, no estoy muy seguro de que el demonio huya de la cruz — Ni siquiera estoy seguro de que haya demonio, ¡qué demonio!

Federico del Huma era un excelente muchacho que, muy joven aún, se unió en matrimonio con Adelina Sans, de la que estaba locamente enamorado, y

que le pagaba en la misma moneda y con idéntica locura.

De aquel matrimonio fué fruto una preciosa niña, cuyo nacimiento costó la vida á su madre.

No sería posible dar idea del dolor, de la desesperación que la pérdida de su idolatrada Adelina produjo en el ánimo de Federico. Los amigos y los parientes se vieron obligados á no perderle de vista, porque en más de una ocasión le sorprendieron requiriendo un revólver con el propósito evidente de quitarse la vida.

Mucho, muchísimo trabajo costó disuadir á Federico de su intento de suicidarse, y gracias á la pobre madre de Adelina, santa y noble señora, que supo sobreponerse al propio dolor para atender al de su

más descontentadizos censurar absolutamente en nada á quien de aquel modo honraba la memoria de su difunta.

Así se explica que Federico estuviese en muy buenas relaciones con la familia de Adelina, cuya madre — testigo del amargo dolor que la viudez le causara — lo quiso siempre como si hubiera sido hijo suyo y se encargó de la niña, á la cual educó admirablemente. Y aun fué un hecho no ignorado por nadie que Alberto, cuñado de Federico, solterón de alguna más edad que él, era compañero inseparable de éste en ciertas aventurillas de poco fuste.

Diez y ocho años había cumplido ya *Linita* (así la nombraba mimosamente su abuela), cuando Federico resolvió trasladarse á Madrid y fijar en la corte su residencia.

Con tales propósitos se despidió de nosotros, y en la seguridad casi de no volver á verlo, le despedimos con el almuerzo de solteros, de que antes he hablado.

Contra lo que habíamos creído, vimoslo de regreso á los muy pocos días. Y algún tiempo después supimos que habían llegado á Barcelona su suegra y su hija.

Y con ésta, que era verdadero prodigio de gentileza y de gracia y de donaire, le vimos siempre en lo sucesivo. Acompañaba el viudo á su hija á todas partes; al paseo, al teatro (no sin enterarse previamente de la índole de la obra que representaban), á los conciertos... Y se acabaron las tertulias del café, y se concluyeron las cenas alegres con amigas, y las aventuras galantes y las visitas á los casinos. El cambio fué radicalísimo, completo.

Pocos años después recibióse en Barcelona la noticia de la muerte de Alberto. Había sido muy buen amigo mío, y visité á la familia para darle el pésame. Cumplido el penoso deber, disponíame á despedirme, cuando Federico, que me acompañaba hasta la antecámara, me obligó á entrar en su despacho, y una vez allí, indicándome una mecedora contigua al sillón en que él tomó asiento, me dijo:

— Has venido á darme pésame; mucho te agradezco la intención; pero más oportuno habrías sido dándome enhorabuena. La muerte de mi cuñado ha venido muy á tiempo para evitar que yo cometiese un crimen; si él no hubiese muerto, le habría matado yo.

— ¿Estás en tu juicio?, pregunté alarmado á mi amigo.

— En mi cabal juicio, replicó; y para que no me consideres loco, voy á referirte lo que Alberto hizo á fin de curarme, según él afirmaba, mis ínfulas de Tenorio.

«Él y yo éramos muy buenos amigos y compañeros de calaveradas, siempre que no se trataba de perseguir muchachas solteras; persecución en la cual ni me acompañó nunca, ni me prestó auxilio.

»Una vez, sin embargo — en mi último viaje á Madrid, — como yo le hubiese confiado que una muchacha, honrada, al parecer, pero alegre y algo coquetilla, me traía vuelto el juicio; con gran extrañeza mía, en vez de predicarme, como de costumbre, sermones de moral sobre el respeto que las hijas del prójimo merecen y sobre las tristísimas consecuencias de una seducción, se brindó á facilitarme la conquista que yo tanto anhelaba, y me puso en relaciones con una celestina que, á juicio de Alberto, era la más inteligente que había en Madrid entonces para *negocios* de esa calaña.

»La tal celestina me ofreció (después de bien ajustadas las condiciones) que en determinada noche y en hora convenida, podría yo tener una entrevista á so-



GALANTERÍA, cuadro de José Jiménez Aranda (Exposición de Venecia. 1895)

verno, se alcanzó, no sin vencer grandes dificultades, que el afligido viudo pensara en que existía en el mundo un ser que necesitaba sus cuidados.

Pasaron días, pasaron meses, pasaron años, y Federico, inconsolable y desesperado al principio, fué consolándose poco á poco. Muy lentamente primero, más de prisa después, tornó á ser lo que antes de casarse había sido.

Su hija, á la que hizo poner el nombre de Adelina, quedó en Madrid al cuidado de su abuela, y Federico puso en aquella niña todo el amor, toda la adoración, todas las idolatrías que á la madre había consagrado.

Federico residía en Barcelona; la familia de su mujer estaba domiciliada en Madrid, y en Madrid estuvo siempre Adelina, que era el vivo retrato de su malograda madre. El viudo, coco de maridos y terror de padres, hacía frecuentes viajes á Madrid, donde pasaba al lado de su hija pocas horas y regresaba á Barcelona á continuar su vida de conquistas y de seducciones. Porque para Federico no había mujer respetable; la doncella, como la casada; la viuda, lo mismo que la soltera; la de vida alegre, igual que la educada en la austeridad y en el recogimiento, eran para él una misma cosa. Y aún más empeño ponía en conquistar hijas de familia honestas y recatadas que en alcanzar triunfos fáciles sobre *señoras del coro* ó chicas del cuerpo coreográfico.

No había olvidado Federico á su Adelina, eso no; presente la tenía en su imaginación á todas horas, y jamás pensó en llenar con otra el sitio que en el hogar había dejado hueco la prematura muerte de aquella idolatrada esposa. En ese concepto la hija de Federico podía estar tranquila. Había prometido su padre que no daría á su hija una madrastra. Y cumplió su promesa.

Ni el mundo podía exigir más al desconsolado viudo, ni la hija pedir más al padre, ni los parientes

las con el objeto de mis amorosas ansias, en una casa, de cuya respetabilidad no necesito decirte nada, pues basta lo dicho para que te la figures.

»Acudí puntualmente á la cita - no quiero ocultarte mi debilidad; - fui hecho un adefesio; tenía yo pretensiones de gustar, de parecerle bien, y me acicalé cuanto pude.

«Ya ha venido esa señorita,» me dijo la *galeota*, cuando salió á abrirme la puerta de aquel paraíso; «puede usted entrar, le espera.»

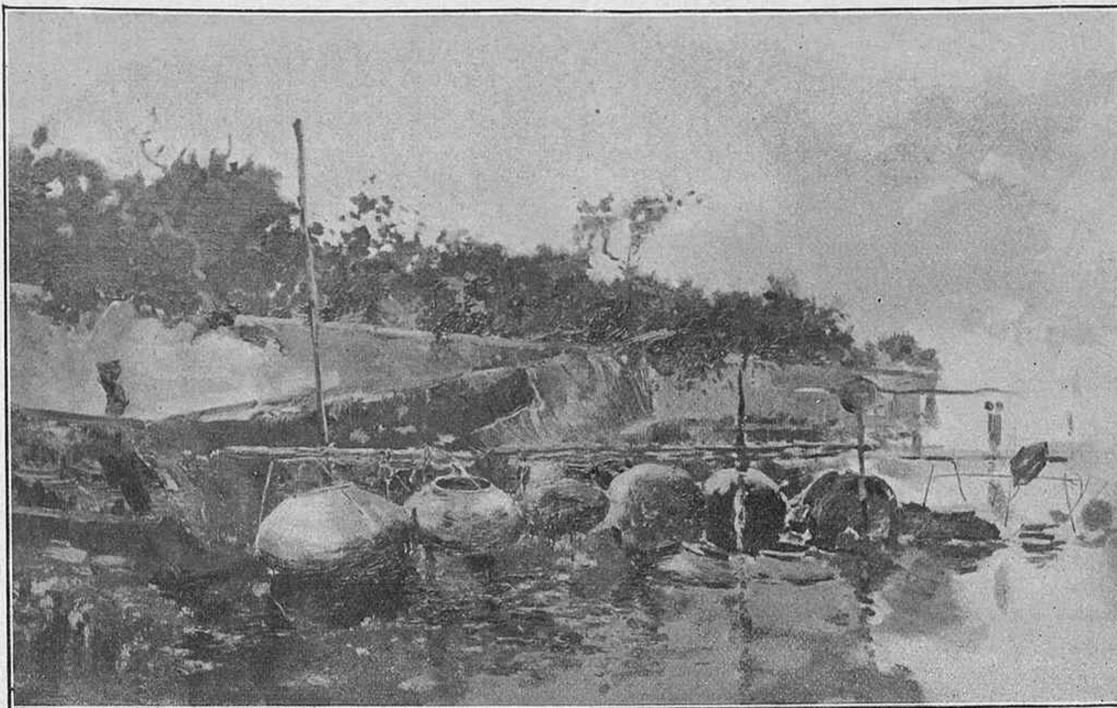
»Y allí estaba en efecto. La vi al penetrar sigilosamente en el cuartito reservado en que me esperaba; hallábase vuelta de espaldas á la puerta, y muy entretenida, al parecer, en hojear un álbum, del cual imaginé que contendría grabados muy edificantes.

»Entré, dí algunos pasos hacia mi hermosa, tosí suavemente para llamar su atención, y aquella mujer levantó la cabeza, y al verme dejó el álbum encima de un velador y corrió hacia mí con los brazos abiertos... Yo, al verla, sentí que mis piernas flaqueaban, que se nublaban mis ojos, que mi cerebro enloquecía... Aquella muchacha era..., era ¡mi hija!.. ¡Mi Adelina, tan buena, tan pura, tan angelical, en aquella casa maldita!.. ¡Estaba viéndolo y no lo creía! Sentí que se me erizaba el cabello... Me mataba el dolor y al propio tiempo sentía vergüenza de mí mismo...

»Comprendí simultáneamente lo horrible, todo lo espantoso de hallar á mi hija en aquel sitio y lo ridículo de encontrarme yo de aquella manera.

»Cuando, transcurridos algunos minutos, durante los cuales mi pobre hija me contemplaba (según me parecía á mí, con angustia y con miedo), pude articular algunas palabras, le pregunté, sacudiendo con fuerza su brazo: «¿Qué haces aquí? ¿Cómo estás en esta casa? ¿Eh? ¡Di! ¡Contesta á tu padre!..» Adelina, realmente sobresaltada, me dijo: «Estaba esperándote.» Y preguntó después: «¿Qué te sucede, papá de mi alma? ¿Te pones malo?»

»Y asustada, cada vez más, por mi prolongado si-



RECUERDO DE VENECIA, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

lencio, se abalanzó al cordón de la campanilla y tiró de él violentamente, hasta que acudieron al llamamiento varias personas, en las cuales reconocí á los criados de Alberto. Llegó también, detrás de todos, la pobre abuela, que apenas podía moverse y que entró fatigosa y acongojada, preguntando á gritos qué le pasaba á su *Linita*.

»Empecé á comprender; me serené como pude; procuré tranquilizar á mi familia, y Adelina, entonces sosegada ya y muy satisfecha por mi mejoría, me enteró de que estábamos en casa de Alberto.

»¡Ah, tunante! Si lo tengo allí lo extrangulo. El miserable había cambiado de domicilio dos días antes; rogó á su madre y á su sobrina que fuesen aquella tarde á ver la nueva habitación.

«El tío me ha dicho (continuó mi hija) que vendrías á buscarme para ir al teatro todos; yo te esperaba. Tío Alberto se ha ido, porque tenía que hacer no sé qué cosa; pero ahí ha dejado una carta, para que te enteres.»

»Y me señalaba un sobre cerrado que había encima del pupitre.

»Tomé el sobre, lo rompí con precipitación y hasta

con rabia (como hubiera roto la cabeza de mi cuñado, si la hubiese tenido á mano) y dentro del sobre hallé una tarjeta de Alberto.

»En el respaldo había escrito lo siguiente:

»Te he dado un susto.

»El muy salvaje llamaba un susto á profanación tan sacrilega.

«Te he dado un susto (seguí leyendo), para que comprendas, aunque sólo sea muy remotamente, lo que sufrirá un hombre honrado, padre de una infeliz muchacha seducida.

»Aprovecha la lección, algo dura, pero necesaria.»

»Salí de la casa decidido á matar á mi cuñado. Por fortuna para él y para mí, no he vuelto á verlo.

»Aproveché la lección, eso sí; pero el susto, lo que es el susto no se lo he perdonado nunca.»

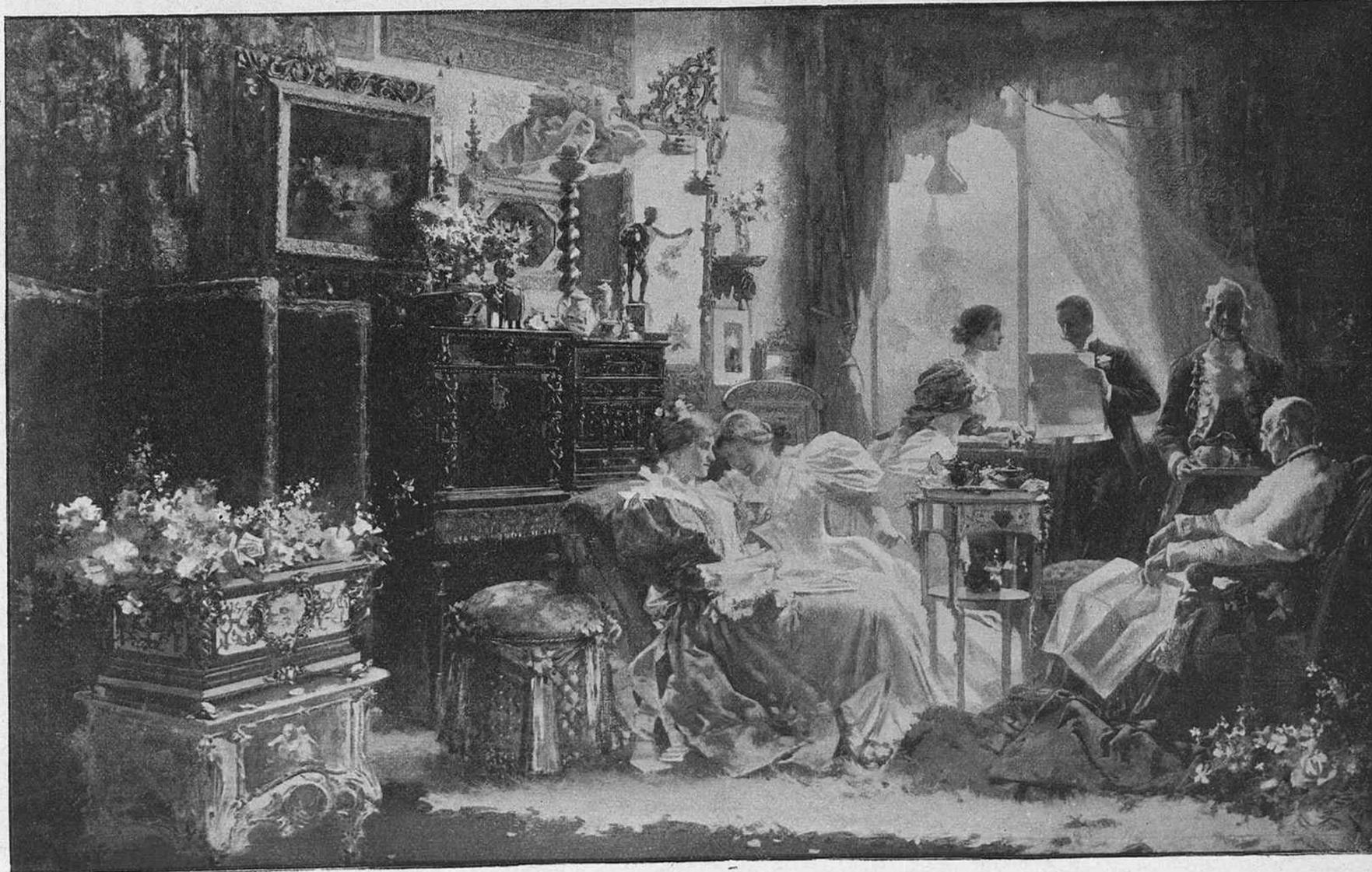
A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

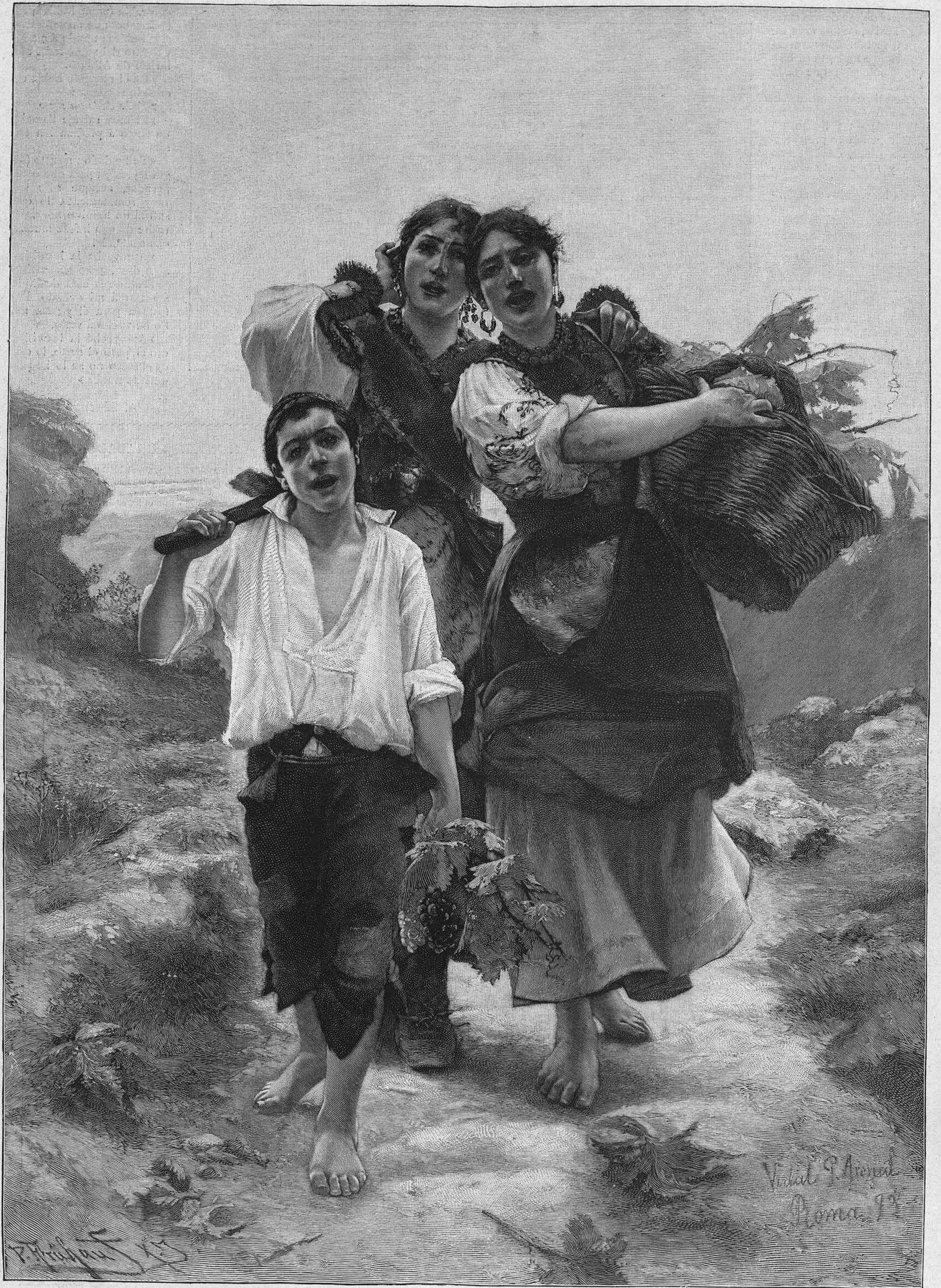
Por un sorbo de agua, escultura de St. Cauer.

- De todos los tormentos que puede sufrir el hombre es sin duda uno de los más horrosos el que produce la sed: quien lo padece es capaz de todo por obtener un poco de agua, y si al fin la obtiene, defiende su posesión con rabia y encarnizamiento en el caso de que alguien se la dispute. El autor de la escultura que reproducimos ha expresado de una manera gráfica esa lucha entre dos sedientos: dos soldados de un ejército colonial, entre los cuales la comunidad de suerte, la participación constante en las mismas penalidades, ha engendrado fraternal cariño, conviértense en un momento en enemigos encarnizados, y mientras uno de ellos bebe ansioso el líquido que ha podido recoger en su casco, sujetando á la vez con la otra mano la cabeza del compañero, éste se retuerce impotente, alarga el brazo, tiende sus crispados dedos hacia el objeto de su codicia y no vacilaría seguramente en matar á su amigo con tal de apoderarse de aquel sorbo de agua, cuya vista centuplica los horribles martirios de su sed abrasadora.

Regreso de los vendimiadores, cuadro de Vidal G. Arenal. - El asunto de este cuadro es por demás simpático, como todos los que se inspiran en la naturaleza, y sus encantos adquieren mayor intensidad por su ejecución intachable: ese chiquillo y esas dos muchachas que regresan can-



El te, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



REGRESO DE LOS VENDIMIADORES, cuadro de Vidal G. Arenal



EL POETA, cuadro de Rembrandt que se conserva en el Museo de Cassel.
Reproducción directa de Carlos Baude, premiada con medalla de honor en la Exposición anual de Bellas Artes de París

tando de la vendimia, son tres figuras tomadas del natural, que se mueven, que respiran y de entre cuyos labios parecen surgir las notas de una de esas melodías populares tan sencillas como sentidas con que los campesinos se acompañan en sus rudas labores.

Excmo. Sr. D. Sabas Marín.—Este ilustre militar, recientemente destinado al ejército de operaciones de Cuba, cuenta cincuenta y tres años de servicio y hace ocho que se halla



EXCMO. SR. D. SABAS MARIN,
teniente general destinado al ejército de operaciones de Cuba
(de fotografía)

en posesión del segundo entorchado. Durante la anterior guerra separatista operó con actividad y energía, y en 1885 fué gobernador general de aquella isla. Ha tomado parte en las dos campañas contra los carlistas y en la guerra de Africa, demostrando en todas ocasiones pericia y valor grandes. Fué ayudante del rey D. Amadeo, y en su pecho ostenta las más preciadas condecoraciones, entre ellas la cruz de San Fernando de primera clase y la gran cruz del Mérito Militar.

La insurrección en Cuba. Puesto avanzado en las afueras de Remedios.—La índole especial de la guerra que se hace en Cuba exige que en las afueras de algunas poblaciones se levanten pequeños fuertes, que unas veces se construyen expresamente con carácter de tales y otras se improvisan en cualquier rústico edificio que ofrezca algún medio de defensa. El grabado de la página 800 reproduce uno de estos últimos con su torre, elemento principal de tales fortines, desde lo alto de la cual se domina una vasta extensión de terreno, lo cual permite cortar las sorpresas de la guarnición, siempre escasa, de los puestos avanzados.

Durante la velada, escultura en bronce de Joaquín Inglés.—Ha pocos meses ofrecimos á nuestros lectores copias de varias obras del joven escultor catalán don Joaquín Inglés. Entonces y con motivo de su visita á nuestra ciudad—ya que reside habitualmente en París,—al reproducir algunas de sus producciones, expusimos algunas noticias bio-



DURANTE LA VELADA, escultura en bronce de Joaquín Inglés

gráfico-artísticas del discreto escultor. No hemos, pues, de ampliarlas, limitándonos hoy á confirmar los conceptos emitidos y á felicitarle por su delicada y sentida obra que reproducimos, digna, bajo todos conceptos, de aplauso. *Durante la velada* es un feliz trasunto del natural, modelado con elegante exactitud y bello en su realismo, hondamente sentido, pues no de otra manera se concibe la realización de una obra que tiene un encanto indefinible.

El poeta, cuadro de Rembrandt.—Nada diremos del pintor ni de su obra, que se conserva como preciadísima joya en el importante Museo de Cassel: de Rembrandt hemos hablado en distintas ocasiones con motivo de la publicación de algunos de sus cuadros, y nada podríamos añadir á lo consignado cien veces en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. También nos hemos ocupado á menudo y con el elogio que merece del ilustre grabador Carlos Baude, cuya es la reproducción de *El poeta*, razón por la cual, sin insistir sobre los méritos, hartos evidentes, de su grabado, nos limitaremos á decir que éste ha sido objeto recientemente de la más alta distinción que se concede en París á las obras de su género, puesto que en la última exposición anual de Bellas Artes celebrada en aquella capital fué premiado con la medalla de honor otorgada para todas las artes gráficas reunidas.

Galantería, cuadro de José Jiménez Aranda.—Sobradamente conocido de nuestros lectores es el autor de este cuadro para que hayamos de repetir lo que en distintas ocasiones hemos dicho acerca de sus talentos artísticos. La bellísima obra que hoy reproducimos, delicado idilio campestre lleno de poesía, nueva joya producida por quien tantas maravillas lleva creadas, ha figurado en la Exposición general de Bellas Artes recientemente celebrada en Venecia, habiendo merecido grandes elogios de la crítica.

Recuerdo de Venecia. — El te, cuadros de Salvador Sánchez Barbudo.—Dos nuevas producciones del distinguido pintor D. Salvador Sánchez Barbudo podemos reproducir en las páginas de esta revista. Ambas atestiguan sus cualidades artísticas, las dos revelan la justicia del alto concepto que en el mundo merece este pintor, honra del arte español.

En el número anterior y con motivo de publicar dos de sus notables cuadros de género, hubimos, impulsados por el entusiasmo que en nosotros despiertan sus producciones, de consignar conceptos y apreciaciones que estimamos débil reflejo de la consideración que nos merece el Sr. Sánchez Barbudo. Hoy no nos cabe más que referirnos á lo expuesto anteriormente y llamar la atención sobre la primorosa obra titulada *El te*, que forma parte de la galería que posee en Berlín el inteligente cuanto acaudalado coleccionista Sr. Adalbert von Baerle.

El eminente arqueólogo Juan Overbeck.—El día 8 del corriente falleció en Leipzig el profesor de Arqueología clásica de aquella Universidad cuyo retrato publicamos. Juan Overbeck fué eminente por sus excepcionales conocimientos, no sólo en la historia del arte antiguo, sino que también en la del arte moderno: nació en Amberes en 1826, comenzó sus estudios en Bonn en 1845, y cinco años después desempeñaba una cátedra en aquella Universidad, de la que pasó á la de Leipzig, en donde ha permanecido hasta su muerte. La ciencia arqueológica debele importantes descubrimientos y no pequeños progresos. Entre sus principales obras citaremos las siguientes: *Catálogo arqueológico descriptivo de la Universidad de Bonn*, *Pompeya*, *Galería de esculturas heroicas del arte antiguo*, *Historia de la plástica griega*, *Estudios para el conocimiento y crítica de la religión de Zeo*, *Antiguas fuentes escritas para la historia de las artes plásticas entre los griegos* y sobre todo la *Mitología artística griega*, obra á la cual venía consagrándose desde hacía veinticinco años y de la cual sólo llevaba publicados tres tomos, que tratan de Zeo, Hera, Poseidón, Demetrio y Apolo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BERLIN.—Para la galería de pinturas del Museo de Berlín se ha adquirido un hermoso retrato de

SPORT

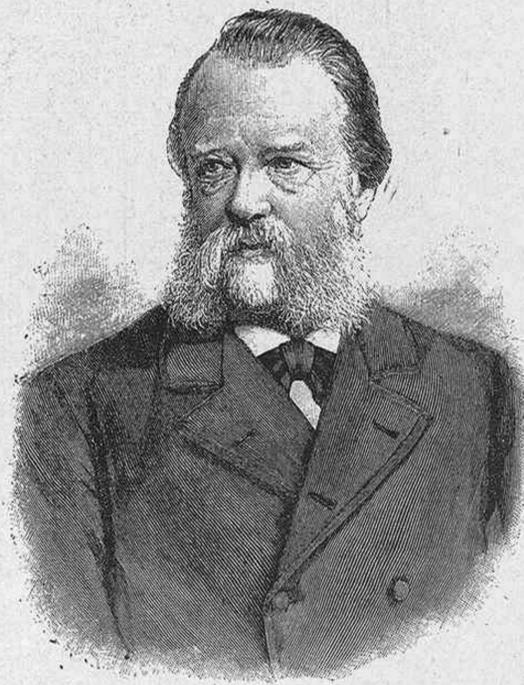
NOTAS HÍPICAS. — ESRIMA. — EL «LAWN TENNIS» EN PARÍS. — TENACIDAD DE UN YACHTMAN

El frío y la lluvia, esos importantes factores para el lucimiento y éxito de todo espectáculo al aire libre, se conjuraron días atrás y decidieron frustrar las lisonjeras esperanzas que los aficionados tenían formadas de las carreras de caballos celebradas recientemente en el hipódromo de Vincennes (París.) La estancia en la *peluse* y aun en las mismas tribunas tenía poco de agradable, por cuya razón fué escasa la concurrencia, quedando totalmente disminuído ese elemento *demi-mondaine* que tanto realce y esplendor proporcionan á las fiestas hípicas. Los jockeys parecían que estaban de acuerdo con el tiempo, por lo fríos y destemplados que estuvieron, originando con su falta de interés el que las carreras no ofrecieran novedad ninguna. Y como de costumbre, las cuadras del barón de Rothschild y la de M. E. Cottin hicieron el gasto.

Una noticia ha circulado estos días entre los *sportmen* de la capital del Sena, que ha producido verdadera sensación. Tal ha sido el anuncio de la próxima llegada al viejo continente de la célebre cuadra del norteamericano Mr. C. J. Hamlin, que pasa por ser en su país uno de los mayores poseedores de caballos de carreras.

Entre los ejemplares que presentará el Creso americano figuran las celeberrimas yeguas *Fantasy* y *Nightingale*, que tantos éxitos han tenido en el *turf*.

Fantasy á los tres y cuatro años fué la reina de su sexo, y



EL EMINENTE ARQUEÓLOGO JUAN OVERBECK
fallecido en Leipzig el 8 del corriente

jamás ningún *Champion* logró hacer desmerecer su fama. En sus diferentes pruebas de velocidad consiguió vencer el trayecto de una milla en el intervalo de 2^m 08^s de tiempo. Por lo que atañe á *Nightingale*, sus proezas le han valido el título de «Campeón del mundo», y aun cuando cuenta ya con diez años sobre sus grupas, en las últimas pruebas á que fué sometida en Filadelfia el verano pasado, tan sólo invirtió 1^m 10^s en recorrer la milla de reglamento. Los *sportmen* yankees afirman que en carreras de 2 á 3 millas la yegua citada es invencible. Ahora veremos, si su propietario se decide á ponerla en juego, como se afirma, si tales especies son ó no ciertas y desapasionadas.

Se han inaugurado en París las Sesiones de Esgrima en el local que posee la *Société d'Encouragement de l'Esgrime*, anunciando para la presente temporada los siguientes asaltos: uno entre oficiales del ejército y aficionados particulares; otro entre profesores y aficionados; el asalto célebre de los «prebretes de armas», y finalmente el concurso anual de los Liceos.

Además el Comité ha decidido que la Sociedad citada participe de los juegos Olímpicos que se celebrarán en Atenas en mayo próximo, mandando al efecto una delegación á aquella ciudad.

Para el 22 del actual anuncia la apertura de sus locales el *Tennis-Club* de París, principiando la serie de partidos de ordinario con un programa especial que desde luego ofrecerá vivo interés por la participación que tomarán los más afamados jugadores del Reino Unido. Consta el programa de los números que á continuación se expresan: 1.º Campeonato para jugadores de ambos sexos; 2.º *Handicap* doble para caballeros, y 3.º *Handicap* sencillo para señoras y caballeros.

Todos los premios ofrecidos son magníficos y de gran valor.

Lord Dunraren, el aristocrático yachtman del R. Y. C. del Támesis, el armador del «Valkiria III» que con tanta fe cruzó el Atlántico en su yate para disputar á los yankees la famosa *American-Cup*, sin que la diosa Exito le fuera propicia á pesar de sus loables esfuerzos, perseverante con la idea de reconquistar la ansiada *copa*, ha mandado construir un hermoso *racer* de 120 toneladas, aparejado de cutter, cuyos planos ha diseñado el célebre Paine, quien en unión de Summers lo están construyendo, adelantando las obras rápidamente.

La herida que proporcionó el *Defender* en las últimas regatas anglo-americanas, es profunda y duradera, y el orgullo británico no se someterá tan fácilmente al *exitazo*, digámoslo así, obtenido por los yankees; por esta razón Mr. Rose, otro distinguido yachtman inglés, está también construyendo un cutter de carrera que utilizará para presentar combate á las embarcaciones que cruzan ordinariamente las revueltas aguas de Long-Island en el litoral norteamericano.

E. FONT VALENCIA



El sábado por la mañana el cartero trajo dos cartas

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

Marcela se echó á reir, y la cabeza desapareció segunda vez, y casi al mismo tiempo la campanilla de la verja repiqueteó con ruido estrepitoso.

— ¡Qué mal educado está ese muchacho!, gruñó Rosa yendo á abrir; pero su rostro, siempre severo, no expresaba la menor indignación.

Marcela vió entrar un muchacho de unos doce años, alto y robusto, cuya cara sonrosada é inocentona le hacía parecer más niño. Estrechó vigorosamente la mano de Rosa, y miró á la niña con tanto descaro y seguridad, que casi la avergonzó; después de lo cual se dirigió hacia la casa, escoltado por la sirviente y por la niña.

Pasando á lo largo del jardín, echó una mirada sobre las florecillas.

— Bien se ve que no tenéis perro, dijo; el nuestro nos lo destroza todo.

— Es preciso atarlo, repuso Rosa.

— ¡Nunca!, contestó enérgicamente el muchacho. ¡Poco que se enfadaría mi hermana si se ataba el perro! Prefiere mejor arreglar los destrozos, aun cuando eso no haga brotar de nuevo las flores.

Se interrumpió, y luego, volviéndose hacia Marcela, dijo con aire desdeñoso, indicando la pala que tenía en la mano:

— ¿Con esto juegas? Ya no me admira que hayas

echado tu volante al estanque, pues no se puede jugar con este cachivache. Yo te daré otra que tengo, si el perro no se la ha comido.

La señorita Herminia los estaba mirando desde la ventana, y sonreía viendo el grupo, que se acercaba sin apresurarse. El muchachito se quitó cortésmente su kepis de colegial, y luego se lanzó dentro de la casa.

— ¡Hola, tunantuelo!, dijo la solterona; ¿has vuelto ya? ¿Vas á empezar de nuevo tus expediciones contra mi jardín, mis gatos, mis canarios y todo lo que me gusta?

— Pido á usted mil perdones, señorita, contestó

con suma galantería el muchacho; en aquella época era yo un rapazuelo que no conocía el mundo; ahora ya es distinto.

Las dos mujeres y Marcela rompieron á reír, movidas de la gracia que les hizo aquella respuesta, dada con imperturbable seriedad.

Primero echó el chico una mirada de enojo, y luego se puso á reír á su vez. Se sentaron en el saloncillo, y Rosa, con los brazos cruzados, se apoyó contra el dintel de la puerta, adoptando su postura favorita.

— ¿Has estado fuera?, preguntó la solterona.

— Sí, mucho tiempo y muy lejos.

— ¿Y las vacaciones de primero de año?, le dijo Rosa, con cara de pocos amigos.

Julio bajó los ojos.

— La verdad es que estaba castigado, declaró ruborizándose; pero no era mía la culpa.

La señorita Herminia sonrió.

— Ya se sabe que cuando te castigan nunca tienes culpa. ¿Y tu mamá?

— Continúa en Niza; pasará el invierno allí.

— ¿Y tu padre?

— También papá. Mi hermano Roberto y yo representamos la familia, yo, en el Liceo, y él en la calle de la Bomba. ¿No es á usted á quien prestó mi cama de chiquillo durante el último otoño?

— ¿Era tu cama?, interrogó la buena señora; vamos, me alegro. Marcela se ha servido de ella cuando estaba mala.

El muchacho miró con curiosidad á la niña.

— ¿Enferma?, preguntó; añadiendo en seguida: ¿es sobrina de usted esta niña, señorita?

— No, es mi amiga.

Marcela se apoyó contra su protectora, y aquel movimiento resultaba la más elocuente de las caricias.

— ¡Mis cumplidos, señorita!, exclamó Julio, haciendo un profundo saludo. ¡De fijo que á mí no me llamaría amigo la señorita Herminia! Se me figura que esta niña debe ser más quietecita que yo.

— ¡Ya lo creo!, dijo la buena anciana; pero eres injusto, Julio; bien sabes que también soy tu amiga. ¿Has olvidado aquella diablura que hiciste con la pierna de carnero?

— No por cierto, respondió Julio con un suspiro; aquel día me ahorró usted un buen castigo.

— ¿Qué es lo que había hecho?, preguntó Marcela en voz baja.

— Nada; que un día que teníamos pierna de carnero para comer, se me antojó coger los puños de encaje de mamá y arrollarlos alrededor del hueso... ¡Diantre! Ya comprenderéis que cuando la cocinera vió aquello, le dió un berrinche... Pero otras he hecho más sonadas.

— ¡Eres una mala pécora!, apuntó la solterona, tratando de ponerse seria.

— Si le parece, pondremos esto en preterito, señorita Herminia, ó si lo prefiere, al pasado pluscuamperfecto; ahora soy un buen muchacho, ya lo verá; Roberto es quien me ha convertido.

— ¿Por qué no viene nunca á verme?

Julio encogióse de hombros con ademán malicioso.

— Es muy huraño, dijo; él y su perro siempre están juntos y se quieren como dos amigos. Supongo que acabarán por ser un par de sabios, porque el perro á lo mejor se le traga sus obras de texto.

— ¿Qué perro?, preguntó la solterona.

— Un perrazo enorme, contestó Julio. No me gusta mucho; pero le pongo buena cara...

— ¿A causa de sus dientes?, insinuó Marcela.

— No, sino por mi hermano, que lo quiere mucho; y por nada de este mundo quisiera hacer incomodar á mi hermano. Eso supongo que no será una falsedad, señorita Herminia.

Rosa no pudo contener la risa; pero la reprimió.

— No, no es una falsedad; pero tienes razón en querer ser leal, aun cuando se trate de un perro. Di á tu hermano que venga á verme; pues quisiera hablar con él para saber noticias de tus padres.

— ¡Ah! En cuanto á eso, puedo informar á usted mejor que mi hermano, pues mamá me escribe siempre á mí, sabiendo que Roberto está metido de cabeza entre sus libros. ¡Si supiera usted cómo le engaña la cocinera! Le hace pagar quince céntimos por un panecillo que cuesta cinco, y así en lo demás. Un día pondré las cosas en su lugar.

— Qué, ¿vas á despachar á la cocinera?, preguntó la anciana con incredulidad.

— No; pero le repasaré las cuentas y pondré en la diferencia: «Recibido por adelantado, tanto.»

— ¡Qué amo de casa!, dijo la solterona sonriendo. ¡Ea!, id á jugar al jardín; pero no echéis á perder nada.

Los niños desaparecieron; Julio fué á buscar los volantes, y el partido empezó de nuevo. Pero al cabo de un momento el muchacho se paró y dijo:

— ¡Bah! ¡Era más gracioso jugar sin vernos!

XXI

¡Cuán dichosos fueron aquellos días! Marcela tenía un amigo, un compañero que casi era de su edad, que se interesaba por ella, que la aconsejaba en sus trabajos, que la burlaba á veces y le dirigía discursos en latín..., ¡qué latín! Los manes de los clásicos debieron estremecerse más de una vez.

No podían pasar, sin embargo, muchas horas juntos, pues solamente las tardes de los domingos y alguna otra entre semana les era posible reunirse.

Las partidas de volante por encima de la pared hacía mucho tiempo que ya no continuaban, pues el perro de Roberto Breault había devorado volante y palas un día que maese Julio olvidó guardarlas. Se entretenían en leer en el mismo libro, y el uno esperaba á que el otro acabara para volver la página.

¿Quién puede explicar el magnetismo misterioso que se desprende de esas lecturas en compañía, cuando la misma corriente de ideas atraviesa por los cerebros, y los dedos se juntan en el canto de la página, y los ojos que siguen las mismas líneas cambian una mirada en vez de palabras para avisar que hay que volver la hoja? Las emociones producidas por estas lecturas son á veces diversas, y en tanto que uno se distrae, otro se divierte; pero la impresión sentida obra, sin embargo, sobre las almas inocentes: son el pan y la sal de aquella hospitalidad del espíritu.

Julio y Marcela leyeron de esta manera los libros que desde principios de siglo causan las delicias de los niños: Robinsón Crusoe les hizo soñar en los viajes, y se construyeron una gruta entre la arboleda con toda suerte de trastos viejos. El perro de Roberto, admitido por favor especial á formar parte de aquella sociedad el día en que se encerraba el gato de la señorita Herminia, les hizo el efecto del león del desierto, y los chiquillos huyeron más de una vez ante el enorme animal, que acababa siempre por derribarles sobre el césped con gran detrimento de las margaritas y demás florecitas silvestres.

Una tarde de junio, á la hora de la comida, no habiendo Julio contestado á cierto silbido que tenía la virtud de hacerle entrar en su casa, un joven alto y moreno con bigote naciente y ojos azules, profundos y tranquilos, empujó la puerta del jardín de la solterona.

— ¡Mi hermano!, exclamó Julio algo confuso, pero contento.

— Bueno está que yo te tenga que venir á buscar para comer, dijo Roberto medio enfadado.

La señorita de Beurenom salió á la puerta de la casa.

— Hete aquí, solitario impenitente. ¿Se puede saber á qué se debe que hayas salido al fin de tu ratonera y te llegues hasta aquí?

— Es que Julio parece no oírme, contestó Roberto. Pido á usted mil perdones, señorita.

— ¡Vaya, vaya, contestó ésta, déjate de cumplidos! ¿Qué tenéis para comer esta tarde?

— Un pollo, á lo que creo, y una ensalada...

— ¡Rosa, gritó la solterona, vé á buscar el pollo y la ensalada de los señoritos, que comerán aquí! Si hubiese sabido que debías venir, maese Roberto, hubiera dispuesto mejor la comida; pero de todos modos, vamos á tener un buen banquete, gracias al refuerzo de vuestras provisiones. Trae dos cubiertos, Marcela.

La pequeñuela se apresuró á obedecer, y algunos minutos después el grupo de amigos se hallaba reunido alrededor de una mesa, en el centro de la cual había una sopera, de la que se escapaba un apetitoso olor.

Marcela no apartaba los ojos del hermano de su amigo, pues Julio le estaba nombrando continuamente y era para él el alfa ó la omega de cualquier asunto. Hijos de una madre enfermiza que no podía acostumbrarse al clima de París, vivían mucho tiempo solos en su casa de Passy. Su padre, indeciso entre dejar sola en una ciudad del Mediodía á su esposa á quien adoraba y de vivir junto á sus hijos, se había decidido aquel año á quedarse, siguiendo los consejos del médico de una ciudad del Mediodía, con su mujer, cuya existencia se extinguía rápidamente. Roberto, el hijo mayor, se preparaba para aprobar el bachillerato, y su carácter serio y su inteligencia precoz hacían que pudiera sin peligro vivir ya por su cuenta y cuidar de la educación de su hermano, que estaba de interno en un colegio.

La clara percepción de aquella responsabilidad, la previsión dolorosa y secreta de la prematura muerte de su madre, hacían que Roberto estuviera de continuo silencioso y fuera poco comunicativo. Pero como había nacido al cabo, como todos, para gozar de las alegrías que proporciona la familia, en el hogar de la solterona, animado por los grandes ojos y la boca risueña de Marcela, sintió indecible impresión de

bienestar y recordó los ya lejanos días de su infancia, transcurridos en su propio hogar, cuando su madre gozaba de salud perfecta y él se entretenía jugando con Julio, que, á fuer de niño mimado, inventaba á cada momento una nueva diablura.

Aquella impresión se tradujo en una frase que dijo á la señorita Herminia:

— Debí haber venido á ver á usted más pronto; pero temía ser importuno.

— Di la verdad, interrumpió la señorita Herminia, que le había visto nacer hacía diez y siete años. Temías fastidiarte conmigo. Y en realidad, hace un año mi casa era bastante aburrida; pero desde que tengo esta niña, es mucho más alegre.

La mirada de Roberto se fijó en Marcela, que se ruborizó y quedó muy quietecita.

— ¿Es alguna parienta?, preguntó.

— No; ya te contaré su historia otro día.

Julio nunca había pensado en averiguar nada relativo á la familia de su amiguita. Pero sospechando un misterio, la miró con atención por primera vez desde la aventura del volante.

— ¡Vaya una chiquilla!, dijo el estudiante con su aplomo ordinario. Tiene una boca que le coge de oreja á oreja, y no se parece en nada á usted, señorita Herminia, excepto en el metal de la voz... Es raro.

— Es porque me quiere, contestó la solterona, á quien satisfizo aquella observación estafalaria.

Marcela se ruborizó sonriéndose, con lo cual su boca no pareció más pequeña; pero el encanto de sus facciones no residía precisamente en la regularidad de ellas.

— Deberías ayudarme, dijo la señorita Herminia á Roberto, pues no soy muy fuerte en aritmética y mis explicaciones fastidian de un modo horroroso á esta pobre niña. ¿No podrías venir á darle de cuando en cuando alguna lección de esta asignatura?

— Con mucho gusto, contestó el joven; esto me enseñará el arte de hablar con claridad, cosa que no se aprende en los libros ni con los profesores.

XXII

Inclinada sobre el cuaderno, Marcela escuchaba las lecciones de Roberto Breault, y la voz grave del joven profesor, llegando hasta el fondo de su inteligencia, le abría nuevos horizontes.

La instrucción que le daba la señorita Herminia, un tanto anticuada, había sido sustituida poco á poco por los principios de la ciencia moderna, y gradualmente, sin brusca sacudida, la mente de la niña se preparaba para recibir nuevos conocimientos é ideas.

— Es muy inteligente para su edad, dijo un día la solterona á la señora Jalín, hablando de Marcela. Figúrese usted que hay muchas cosas que las sabe mejor que yo.

La planchadora abrió tamaños ojos, pues hasta entonces había tenido á la buena anciana como un pozo de ciencia, y ahora resultaba que Marcela sabía más que aquel pozo... Pero aquello debía ser una exageración de la señorita.

— No, no, contestó ésta; es un hecho positivo; desde que tuve la dichosa idea de rogar á Roberto que le diera lecciones de aritmética, adelanta mucho, y ahora le enseña ya otras ciencias.

— Suerte ha tenido esta niña, repuso la planchadora, después de un momento de silencio.

— Bien merecido lo tenía después de todas sus desgracias.

— Es verdad, suspiró la otra; pero las que habían contribuido á hacerla desgraciada han tenido bien poca fortuna.

— ¿Sí?

— La señora Favrot ha estado á pique de quebrar, y entonces, viendo que los negocios iban mal, recurrió á una parienta de provincias, que ha pagado todas sus deudas, con tal de que madre é hija fueran á vivir con ella en Picardía; y ahora maldito si deben tener mucha libertad, viviendo con esa vieja caprichosa. De todos modos van tirando. Será manía, pero siempre se me ha figurado que Dios las castigó por su conducta con esa pobre niña.

— Es como las golondrinas, dijo la solterona; lleva la dicha al techo que la cobija. Unas acciones que no habían producido nada desde que las tenía, exceptuando el interés legal, han empezado á dar dividendos enormes... Esta ganancia inesperada la he repartido con Marcela, y ésta empieza á tener una hucha bien provista.

Las miradas de la señora Jalín expresaron la admiración que le producía aquella generosidad, y luego volvió la cabeza hacia el jardín, donde sobre el fondo verde del césped se destacaba la esbelta figura de la niña, que con un libro en la mano, estudiaba la lección de la tarde.

— El médico ha prescrito los paseos, dijo la solte-

rona, pues dice que debe darle el sol y el aire el mayor tiempo posible.

Marcela, efectivamente, estaba muy delgaducha. Más alta de lo que á su edad correspondía, se la hubiera tomado por una señorita de catorce ó quince años, cuando sólo tenía doce, si bien su cándido rostro desmentía en seguida aquella primera impresión. Los cuatro años que acababa de pasar bajo el techo de su protectora, sin quitarle ninguna de sus gracias infantiles le habían dado esa expansión alegre de niña mimada, y al mismo tiempo había adquirido distinguidos modales en compañía de la buena anciana.

Desde que hizo su primera comunión durante la primavera anterior, Marcela era mucho más reposada. Ya no se jugaban partidas de volante por encima de la pared, y el famoso perro negro que había hecho tantos destrozos en el jardín de la señora Breault, serio y tranquilo también, apenas quería jugar sino á regaña dientes y era tan serio como la niña de la cual se había convertido en amigo íntimo.

El mismo Julio participaba de aquella calma general, y convencido de que ya era todo un hombre á los diez y seis años, caminaba muy erguido, se había comprado unos lentes, y hablaba como cosa pueril del bachillerato, que en breve habría terminado.

El único que, en lugar de haber ganado en seriedad, se mostraba más alegre y sociable, era Roberto, «aquel oso,» según decía su hermano. La timidez que antes le impedía hacer gala de su inteligencia clara y sólida, había desaparecido, y en mucha parte debía aquel cambio á su trato con la señorita Herminia. Antes, por la costumbre de estar siempre solo ó con sus compañeros de colegio, lejos de su madre, había perdido la familiaridad y buen trato que únicamente con el roce de las mujeres se adquiere y que es tan necesario á los jóvenes; pero después, junto á la anciana, que le trababa como un hijo, y de Marcela, á la que deseaba por hermana, había sentido explayar su alma, como herida por los rayos de un sol de primavera.

Desde su destierro en Niza, la señora Breault había escrito más de una vez á la señorita Herminia para darle las gracias por la excelente influencia que ejercía sobre su hijo y que había podido apreciar durante las seis semanas de vacaciones que cada año pasaban sus hijos junto á ella.

La última carta había entristecido á la buena señora, porque revelaba una honda preocupación acerca de la suerte que cabría á sus hijos en el caso de quedar huérfanos.

«Mi marido, decía, está muy débil, y si yo muriese no me atrevo á prever las consecuencias de su disgusto. Siento que he hecho mal en permitirle en otro tiempo que viviera únicamente para mí. Estaba ciega y no veía, como ahora, en lo porvenir; á decir verdad, hasta aquí esperé siempre curar, pero veo ahora que es una loca esperanza la mía. Esta ilusión que he sentido es la que excusa el egoísmo que me ha permitido retener á mi esposo junto á mí y alejado de los niños. La prudencia de mi hijo mayor ha sabido evitar los escollos de esa situación anormal; pero temo que cuando yo falte, el amor de mis hijos no sea bastante, grande para animar la vida de su padre. Velará usted sobre ellos, ¿no es verdad, mi buena vecina y amiga? Impida usted que la tristeza les consuma, que se aislen y que vivan, á fuer de egoístas, como hemos vivido mi marido y yo, á fin de que más tarde no puedan reprocharse lo que tanto me reprocho yo ahora.»

La señorita Herminia había guardado esta carta sin dar cuenta de ella á los niños, á los que había demostrado desde entonces una solicitud más afectuosa, si era posible. Con gran alegría había visto que Roberto se interesaba más y más por los progresos de Marcela, y esperaba que, en caso de perder á su madre, encontraría en aquella afición un consuelo á su pesar.

No se engañaba: el trabajo asiduo, regular, aquel que compartimos con otro, es el único contrapeso de nuestras debilidades y errores. Por mucho entusiasmo con que se emprenda una labor, si no debemos responder de ella ante nadie, en un día de crisis ó de impotencia la descuidaremos, en tanto que si se sabe que otros han de padecer por nuestra negligencia, el sentimiento del deber nos dará fuerzas para continuarla.

— ¡He nacido profesor!, dijo un día Roberto, contento de sí mismo, después de una lección excelente que dejaba al maestro y á la discípula encantados de su trabajo. Cuando aprendí lo que ahora enseño, estaba muy lejos de sentirme tan orgulloso como ahora.

¡Es preciso creer en las predestinaciones! Tentaciones me dan de dedicarme á la enseñanza que, al fin y al cabo, es una vocación como cualquiera otra.

— Es la más ardua y la que da más disgustos, contestó la buena anciana. Si hay un ser destinado á sufrir la ingratitud, es el maestro. Se agradecen al médico los cuidados que se toma, al abogado las causas que defiende, al comerciante la buena mercancía que nos proporciona; ¿quién agradece al pro-



...con un libro en la mano estudiaba la lección de la tarde

fesor las horas que consume enseñando? ¿No se le paga por ello? Bien es verdad que á los otros también se les remunera, y más todavía que á él; pero ¿qué importa? Créeme, hijo mío: toma cualquier estado menos el de maestro, si no quieres sufrir mucho y verte pagado por la más negra ingratitud.

— Pues bien, suspiró el joven, haré lo que quiere mi padre; me dedicaré al comercio; pero, por lo menos, trataré de hacerme la ilusión de que sirvo para labrar mi propio bienestar.

— ¿Y cómo te las compondrás, apóstol en ciernes? — Daré conferencias gratuitas para enseñar aunque sea á muy pocos; explicaré los rudimentos de la ciencia á aquellos que nada saben.

Marcela miró á su profesor; hablaba lentamente, como un hombre que trata de leer en su misma inteligencia, y de repente se volvió hacia á ella.

— Me ha prestado usted un gran servicio, Marcelita, dijo sonriendo; á usted debo conocer esta vocación inesperada... Me causaba verdadero placer el enseñarle cuando me comprendía, y placer también cuando no me comprendía y era preciso buscar una fórmula más clara y exacta; debo á usted muchas horas de alegría.

— ¡Y yo!, exclamó Marcela, sintiendo que sus ojos se inundaban en lágrimas. ¿Cree usted que no le debo mil veces más?

Dió un paso hacia á ella. Otras veces, cuando era pequeñuela, la besaba al llegar; pero luego, cuando al hacer la primera comunión pasó á la categoría de señorita, no la besó más; ahora, faltando á su costumbre, se inclinó sobre la joven y la besó en la frente, como hubiera podido hacerlo con una hermana. Durante unos momentos todos callaron, siguiendo el curso de su pensamiento.

— Es extraño, interrumpió la solterona; estamos hablando como si debiéramos separarnos... Y espero, sin embargo, Roberto, que no tratas de interrumpir tus lecciones.

— ¿Yo? No por cierto, es el mejor rato de todo el día.

Y diciendo estas palabras salió, y cuando estuvo

en el dintel de la puerta, se volvió para saludar con la mano á sus amigas.

— Al día siguiente, cuando Rosa salía para ir á la compra, vió un coche delante de la puerta de la casa vecina: la cocinera llevaba á él una maleta y una manta de viaje.

— ¿Qué es eso?, preguntó Rosa con aire gruñón, pues despreciaba á aquella criada que sisaba escandalosamente.

— Es el señorito Roberto, que va á Niza á ver á sus padres, contestó la cocinera.

En el mismo instante apareció Roberto muy pálido; tenía en la mano un telegrama recibido algunos momentos antes.

— Tome, Rosa, dé esto á la señorita Herminia, que ya sabrá lo que es.

— ¿Cuándo volverá usted?, preguntó la buena mujer.

Roberto contestó con un gesto desesperado, y saltó dentro del coche, que partió al galope.

Rosa, convertida en estatua viviente, miró el telegrama.

Aquel papel azul contenía estas palabras:

«Papá ataque parálisis; mamá gravemente enferma. Venid.»

Rosa se estremeció, pues la desgracia no la encontraba jamás indiferente.

— ¡Pobres muchachos!, iba diciendo.

Y se fué á la compra, pues de todos modos era preciso almorzar, después de lo cual entregó el telegrama á su señora, que lo leyó y quedó entregada á un mar de reflexiones.

XXIII

Una desgracia no viene jamás sola, según dice el proverbio.

Parece, en verdad, algunas veces como si los acontecimientos se coligaran para herirnos todos á un tiempo. Ciertamente que si algún acontecimiento había imprevisto, era el ataque de parálisis que acometiera al Sr. Breault.

Su desgraciada esposa, ya delicada, había caído enferma ante aquella catástrofe, y el hijo, al llegar, se encontró entre dos lechos de dolor. Sin embargo, su madre adquirió unas pocas fuerzas, gracias á su gran valor y á la necesidad que la impulsaba á usar de toda su energía para reaccionar.

— ¿Qué has dicho á Julio?, fué su primera pregunta.

— Nada absolutamente, pues no sabiendo lo que aquí había sucedido, pensé que era inútil causarle inquietudes que le impedirían estudiar.

— ¿No sabe que estás aquí?

— No, podemos avisarle antes del domingo.

Se envió un telegrama á la señorita Herminia, que se encargó de sacar á Julio del colegio y avisarle la nueva desgracia que había caído sobre su familia.

Fué aquel un domingo triste en la calle de la Bomba: en vano Julio, para darse ánimo, hablaba recio y de asuntos indiferentes; el vapor de lágrimas que nublaba sus ojos, desmentía sus palabras, y sus mejillas pálidas denotaban el esfuerzo que hacía para aparecer sereno. Marcela estaba consternada. Para ella, que se había visto privada de las alegrías de la infancia, la familia era una cosa sagrada, inviolable. Comprendía perfectamente que á las niñas abandonadas les sucedieran desgracias sin cuento; pero los niños que tenían un padre y una madre, aun cuando lejanos, aun cuando enfermos, ¡no debían hallarse sujetos á tamañas catástrofes!

Así se lo dijo á su protectora.

— ¡Ah!, contestó ésta, el destino no siempre es justo y clemente.

Y pensó de improviso en el porvenir de Marcela.

— Pobre niña, añadió, apenas conoces la vida... y es triste que tan pronto sepas sus desgracias. ¡Plegue á Dios que viva yo lo bastante para ponerte al abrigo de sus luchas!

La señorita Herminia tomó la resolución de ir á casa de un notario el lunes siguiente, sin falta, á fin de asegurar el porvenir de la niña á quien tanto quería. Pasaron unos cuantos días sin que nada turbara la calma de aquella vida apacible.

El sábado, por la mañana, el cartero trajo dos cartas que Rosa entregó á su ama, sin leer el sobre siquiera. La señora leyó la primera, que era de Roberto y anunciaba una ligera mejoría de su padre, y al abrir la segunda, se detuvo diciendo:

— Esta carta es para ti, Rosa.

— ¿Para mí?, contestó ésta admirada. ¿Quién puede escribirme? ¡Si nunca recibo cartas!

— Pues yo no me llamo Rosa Picard. Vamos, léela.

(Continuará)

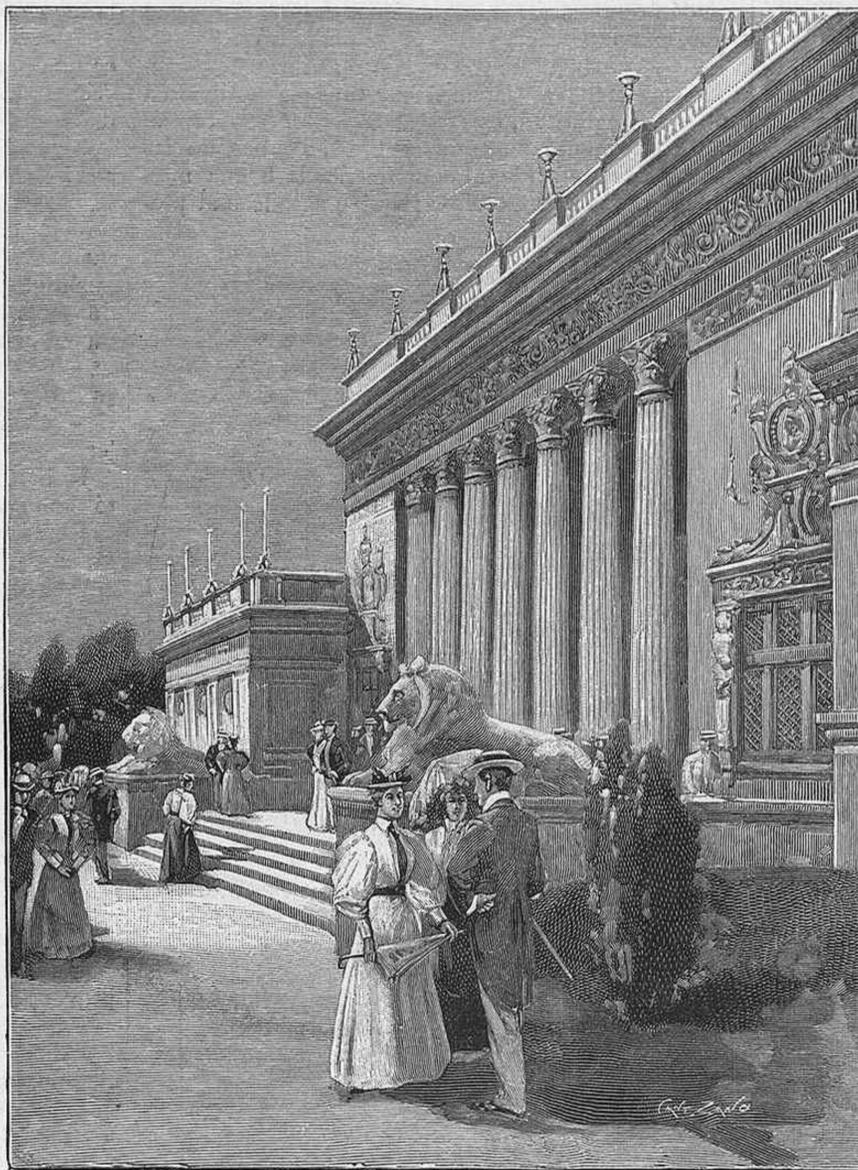
LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL
DE ATLANTA

En 1845 construyóse la primera casa de la que es hoy ciudad de Atlanta y capital del estado de Georgia (Estados Unidos), y con motivo del quincuagésimo aniversario de su fundación ha inaugurado recientemente una exposición universal que ofrece cierto interés, aunque no grandes novedades, cosa natural habiéndose organizado tan poco después de la gran *feria del mundo* de Chicago.

Atlanta, que los georgianos eligieron por capital después de la guerra de secesión y en agradecimiento á la larga resistencia que opuso á los ejércitos del Norte, cuenta 70.000 habitantes: no es la ciudad más importante de Georgia, desde el punto de vista comercial, pues mayor importancia que ella tiene Savannah, centro estratégico, y denominado como tal *Gate City* (ciudad-puerta).

La idea que ha presidido en la construcción de los edificios de la exposición es diametralmente opuesta á la que guió á los constructores de las calles y casas de la ciudad: ésta tiene el tipo simétrico de todas las ciudades americanas, parece un tablero de ajedrez; en cambio aquélla es un conjunto de pabellones heterogéneos, diferentes por sus estilos y por sus dimensiones, de arquitecturas pertenecientes á los órdenes más distintos, si bien con predominio del griego antiguo, del romano y del florentino.

Aunque la exposición se denomina internacional, tiene un carácter especialmente americano y sobre todo georgiano. Figura en primer término en ella la industria algodonera, que se presenta allí con una magnificencia superior á cuanto respecto de esta sección se ha visto en todas las exposiciones universales anteriores. El palacio de Bellas Artes es un edificio aislado, de aspecto monumental.



EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ATLANTA (Estados Unidos)
Fachada del palacio de Bellas Artes

Un pabellón está reservado á las manufacturas de Georgia, otro á los productos forestales y minerales, y otros varios á la agricultura, á la electricidad, á los transportes ferroviarios y á las máquinas. El gobierno tiene también su pabellón especial y la sección femenina cuenta con dos edificios.

Hay una sección exclusivamente destinada al tabaco, y otra, de gran interés desde el punto de vista etnográfico, para los negros, sus costumbres y sus labores.

En el centro del parque una fuente eléctrica lanza al aire sus potentes chorros de cien colores variados, y no lejos de ella álzase la torre de las campanas provista de su correspondiente reloj y desde lo alto de la cual gózase de la vista de uno de los más hermosos panoramas de los Estados Unidos.

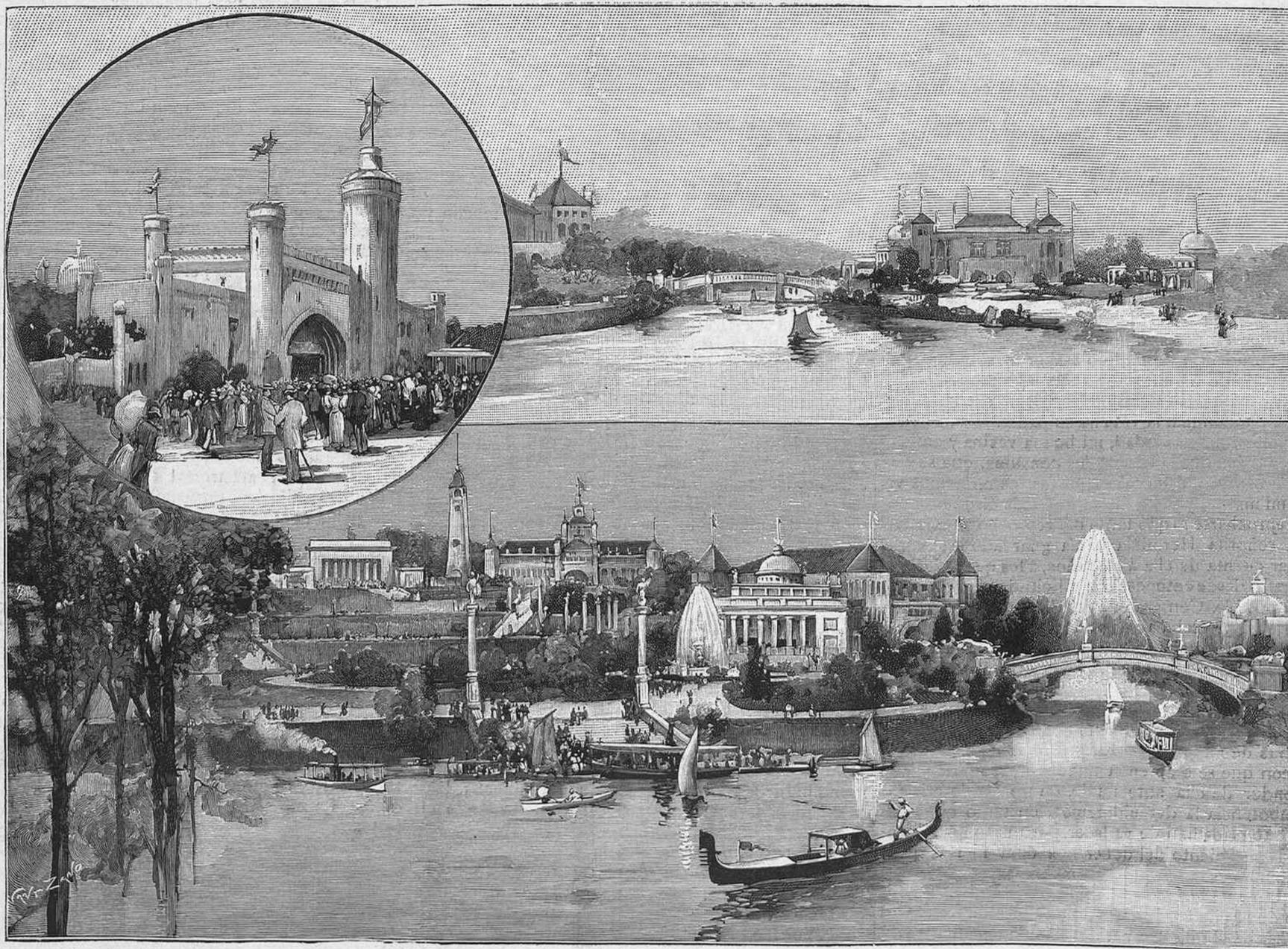
Entre las curiosidades que en la exposición figuran merece citarse especialmente una maravillosa colección de Biblias con infinitas traducciones de los dos Testamentos, manuscritos hebreos y otros objetos relativos á religión.

Es digna de mención también la instalación del Instituto Pasteur, adornada con negros crespones en señal de duelo por la muerte del sabio eminente.

En punto á diversiones y entretenimientos, no faltan las góndolas venecianas con gondoleros de la propia Venecia que se deslizan por por el amplio lago, delicia de todos los visitantes.

Las secciones europeas son relativamente pobres, siendo el número total de expositores de Europa de unos 300, en su mayoría italianos.

Esto último se explica porque la colonia italiana en Georgia es la más numerosa: la emigración de Italia á los Estados Unidos es de tal importancia, que no hay allí población de 5.000 á 10.000 habitantes que no cuente con un núcleo de italianos dedicados á útiles y beneficiosas especulaciones. - X.



EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ATLANTA (Estados Unidos). - Edificio de la Administración y puerta principal de ingreso. - Vista del lago y de las fuentes

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS RELOJES MAGNÉTICOS

El origen de estos relojes misteriosos es muy antiguo. El reloj cuya existencia ha mencionado el barón Grollier de Serviere está descrito en un pequeño libro, actualmente muy raro, que se titula *Tratado del imán* y fué publicado en Amsterdam en 1687 por D..., inicial que los bibliófilos saben que corresponde á Dalencé.

El texto de esta obra va acompañado de un gran número de dibujos curiosos y muy bien ejecutados que representan los diferentes relojes magnéticos, encuadrados en paisajes dibujados según el gusto de entonces, adornados con moffetudos amocillos, etc. Una parte del libro está consagrada á las aplicaciones del imán á la construcción de aparatos mecánicos y entre ellos de relojes.

Uno de estos relojes es el que reproduce el grabado de esta página, que el libro mencionado describe en los términos siguientes:

«Puede construirse una pequeña cúpula, sostenida por cuatro columnas, y colocarse en la parte inferior de la bóveda una faja de cobre que represente un círculo y en la cual se grabarán las horas á distancias iguales. En el espesor de la cúpula y detrás del círculo de las horas se colocará un imán, fijado en otro círculo móvil á fin de poder moverlo á voluntad por medio de un botón ó de una manivela para que el imán vaya á parar delante de la hora que se quiera.

»Debajo de la cúpula, entre las columnas y precisamente en el centro, habrá una figurita que tendrá en una mano un hilo de seda, al extremo del cual irá atado un pajarillo muy ligero, fabricado con una ampollita muy fina de cristal henchida en la lámpara y cubierto de plumón ó de pequeñas plumas: en vez de pico, este pajarillo debe llevar un pedacito de hierro pulimentado. La longitud de la seda debe ser tal que el pajarillo no pueda acercarse sino hasta una ó dos líneas del círculo de las horas. Cuando se le pondrá delante de la hora en donde está el imán, se manten-



RELOJ MAGNÉTICO, según Dalencé (1687)

drá en el aire, y si se hace girar el imán insensiblemente, el pajarillo lo seguirá y parecerá que vuela indicando las horas.

»Véase la figura adjunta, en la que el imán está marcado por puntos y por la letra G: el imán debe estar oculto en el espesor de la madera y fijado en un círculo móvil.

»Puede añadirse á estas máquinas un movimiento de relojería que estará oculto en el espesor de la madera, bien en la cúpula, bien en el asiento donde está la figura, y que haciendo dar vueltas al círculo en donde está el imán, hará que el pájaro que gire al compás de él marque las horas con la misma regularidad que una aguja de un reloj ordinario.»

El barón Grollier de Serviere menciona el reloj á que al principio hemos hecho referencia en su obra acerca de las curiosidades que contenía el gabinete de su abuelo y hace de él la siguiente descripción:

«Este reloj consistía en un plato de estaño en cuyos bordes estaban grabadas las horas como en un reloj ordinario. Después de haber llenado de agua este plato, se echa en él una pequeña tortuga de corcho que va á buscar la hora corriente, y cuando la encuentra se para y la señala con su cabeza: si se quiere alejarla, vuelve en seguida á ella; y si se la deja allí, sigue imperceptiblemente los bordes del plato indicando siempre la hora. Esta máquina es tanto más sorprendente cuanto que en ella nada se ve que haga mover la tortuga en el agua.»

El secreto de este reloj, como comprenderán nuestros lectores, es el mismo que el del anterior, el imán que se mueve y que atrae el hierro puesto en la cabeza de la tortuga.

Dalencé había tomado la idea de estos dos relojes y de otros varios, de algunos autores antiguos, probablemente del padre Kircher, quien describe análogos experimentos en su obra *Magnes sive de arte magnetica*.

Los físicos de aquellos tiempos eran muy aficionados á inventar y construir aparatos semejantes, en los que las propiedades del imán, desconocidas por la multitud, desempeñaban un papel principal, siendo para ellos á la vez un objeto de distracción y un pretexto para mostrar su ciencia al público ignorante de entonces.

(De La Nature)

G. PELLISSIER

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

FRANCO 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
6 Leche Candès

para ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CADES et Co. 2, St-Denis, 46

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de E^{ia} de Paris

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas!

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS
española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por DON NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios, frases, proverbios, refranes, idiotismos, uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. Cuatro tomos encuadrados: 55 pesetas.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD

Con Ioduro de Hierro inalterable.

ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina

JAUQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**

Exigirse la Firma y el Sello de Garantia. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

CEREBRINA
REMEDIUM SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias Desconfiar de las Imitaciones.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

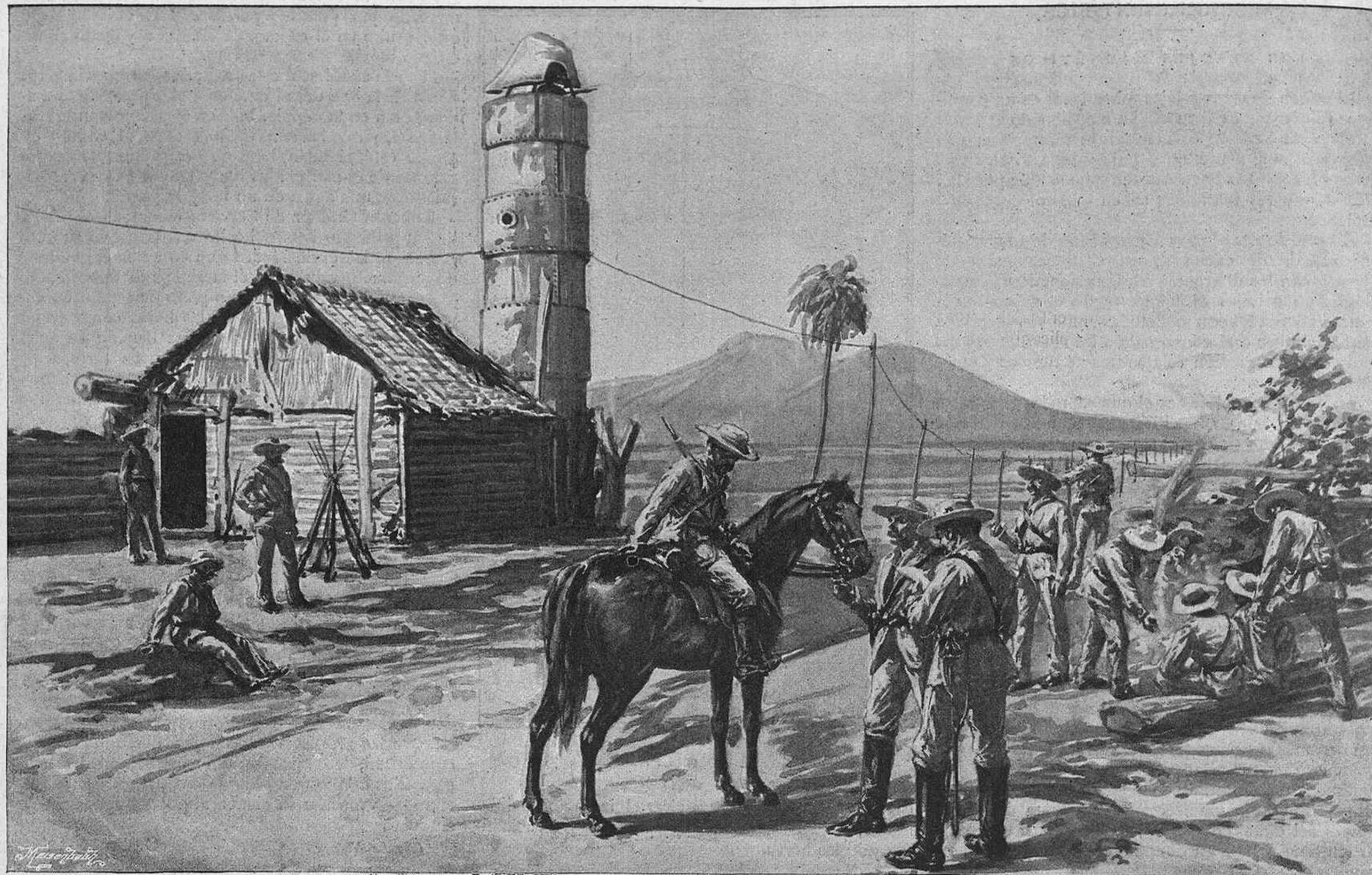
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los Intestinos.

Quando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm. 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**



LA INSURRECCIÓN EN CUBA. - PUESTO AVANZADO EN LAS AFUERAS DE REMEDIOS, dibujo del corresponsal del *Illustrated London News*

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias medicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas* y *escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de AROUD* es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas o infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIASE el nombre y la firma AROUD

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor exito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros medicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. - Se receta contra los *flujos*, la *clorosis*, la *anemia*, el *apocamiento*, las *enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *esputos de sangre*, los *catarros*, la *disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los organos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del *Agua de Léchelle* en varios casos de *flujos uterinos* y *hemorragias* en la *hemotisis tuberculosa*.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados o prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los medicos para la curacion de las *gastritis*, *gastralcias*, *dolores* y *retortijones de estómago*, *estreñimientos rebeldes*, para facilitar la *digestion* y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del *corazon*, la *epilepsia*, *histeria*, *migraña*, *baile de S.-Vito*, *insomnios*, *convulsiones* y *tos* de los niños durante la *denticion*; en una palabra, *todas las afecciones nerviosas*.
 Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROSE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRE y C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER
 FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. - Depósito ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS. Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la *DIABETIS*.
 EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.^a